



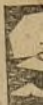
Como me lo CONTARON

CORIN TELLADO



Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid



ama

EDITO
BARCE

CORIN TELLADO

N
F01906

COMO ME LO CONTARON

Colección AMAPOLA n.º 665
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

Ayuntamiento de Madrid

COMUNICACION DE NUESTRO ASesor MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 24.068 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: NOVIEMBRE - 1964

© CORIN TELLADO - 1964

SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© ANGEL BADIA - 1964

SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en Gráficas Pasaje - Santa Rosalia, 3
Barcelona, 1964

N. R. 4695/64



Ayuntamiento de Madrid

R/110.722

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PIMPINELA:
929. Mi marido me espera.

En Colección MADREPERLA:
823. El pecado de Sofía.

En Colección ROSAURA:
776. Deja que te ame.

En Colección AMAPOLA:
658. Adiós, Susana.

En Colección ALONDRA:
598. No quisiera amarte.

En Colección CAMELIA:
536. Me casé con ella.

En Colección CORAL:
335. Eres el mismo.

En Colección LEGIONES BLANCAS:
48. Otra vez contigo.

CAPÍTULO PRIMERO

En efecto, queridas lectoras, os lo voy a contar como me lo contaron a mí. Me creo en el deber de daros una pequeña explicación, y es lo que voy a hacer. Pienso también que sería magnífico, dada la calidad de lo que voy a referiros, que tuviéramos todo esto muy en cuenta para el futuro de nuestra vida. Sobre todo para ese plantel de jovencitas que empiezan a vivir, y sin pensar mucho en las consecuencias se echan novio, soportando unas relaciones interminables, con todos los peligros inherentes en tales casos. Espero que todo cuanto voy a contaros os haga reflexionar un poco y os frene en el futuro, ante un problema igual o parecido a éste.

Conocí a Magdalena hace aproximadamente diez años. Era una chiquilla de coletas y usaba calcetines. No se llamaba Magdalena, por supuesto. Me creo en el deber de reservarme la verdadera identidad de mis protagonistas. Considero que los nombres verdaderos no hacen al caso.

Bien, la conocí cuando ambas éramos estudiantes. Hacía muchos años que no la veía. Me la encontré aquí en Gijón, en la playa de San Lorenzo, un día de éstos. Creo que nos encontramos las dos muy desconocidas, porque tardamos unos minutos en reaccionar. Yo ju-

gaba con mis hijos en la arena. Ella pasó. Al pronto sólo se me quedó mirando con curiosidad, pero de súbito lanzó un grito y exclamó temblorosa: ¡Corín!

Os aseguro que me impresionó aquel grito y me puse en pie de un salto. ¡Magdalena!, dije yo. Pero... ¿qué haces tú aquí?

Nos fundimos en un abrazo. Un apretado y fraternal abrazo, que no olvidaré en mucho tiempo.

Nos explicamos muchas cosas a borbotones, como si nos faltara tiempo para hacerlo y quisiéramos aprovecharlo hasta el último minuto.

— Me quedo contigo — me dijo —. ¿Son tus hijos?

Le dije que sí. La verdad, sentía unos tremendos deseos de llorar. ¡Cuántas cosas se removían ante la figura querida de Magdalena! ¡Cuántas emociones reprimidas, cuántas fatigas estudiantiles!

— Ya sé que escribes — me dijo —. Leo todas tus novelas. Estuve a punto de escribirte una carta muchas veces, pero siempre desconocí tu paradero. ¿Hace mucho que vives en Gijón?

Le dije que sí, varios años. Le dije también que tenía aquí mi hogar, que adoraba a mis hijos, que entre mi trabajo y ellos y mi vida hogareña, estaba centrado todo para mí. Y después le pregunté: «¿Te has casado tú?»

Me lo dijo. Pero yo no puedo decíroslo, porque entonces toda la trama se desmoronaría, ya que inmediatamente añadió:

— Mi historia es de lo más vulgar, le pasa a cualquiera. Está pasando todos los días por ahí... Muchas veces he pensado escribirte y pedirte que la novelaras...

Yo, que precisamente estaba sin asunto para mi próxima novela, me incliné hacia ella y le pedí con cierta reprimida ansiedad, pues los relatos vulgares me encantan:

— ¿Por qué no me la cuentas?

—¿Ahora?

Consulté el reloj.

—Son las diez y media. Tenemos tiempo hasta las tres de la tarde.

—De acuerdo — decidió —. Te la contaré. Pero prométeme que bajo ningún concepto revelarás mi nombre, mi verdadera identidad, ni la de cuantos personajes van a salir en el relato. Los conoces a casi todos. Ten presente también que es asunto muy duro, muy fuerte, que tendrás que limar muchos pasajes para no ruborizarte ni ruborizar a tus lectoras.

—¡Me asustas! — apunté verdaderamente inquieta, pues siempre consideré a Magdalena muchacha esencialmente espiritual.

Se lo dije así.

Una amarga sonrisa distendió el dibujo seductor de su boca. Porque no sé si os dije ya que Magdalena Velasco, (repito que no se llamaba así) era una verdadera monada.

—Tal vez — susurró — consideres la historia tan vulgar, que no merezca el honor de ser relatada. Pero será... ¿cómo te diré? — volvió a sonreír, esta vez con amargura —, como un ejemplo para tantas mujeres que, como yo, empiezan sus relaciones demasiado pronto. Te voy a referir lo ocurrido, partiéndolo en tres fases. Diez años de mi vida, desde los dieciséis hasta ahora... De los dieciséis hasta los veinte, y de éstos hasta los veintitrés, y luego hasta los veintiséis que tengo ahora. ¡Diez largos años sin una razón justificada!

—No me adelantes nada — me apresuré a decir —. Empieza desde el principio. Con lo que tú me relates me haré una composición de lugar, y contaré la historia a mi modo. Te la enviaré una vez publicada, y ya me dirás si exageré el asunto o lo deslucí.

—Sólo te pido que seas leal y fiel a cuanto voy a relatarte.

— Te lo prometo.

Nos sentamos bajo el toldo de la caseta y miramos en torno las dos, con cierta vaguedad muy humana. Mis hijos seguían llenando un caldero de arena y vaciándolo otra vez, con esa incansable monotonía tan propia de los niños. Magdalena me ofreció un cigarrillo y fumamos ambas un rato en silencio, como si las dos, por distintas causas, prefiriéramos alargar un tanto aquel silencio evocador de años mejores.

Era una muchacha no muy alta, esbelta, con una personalidad callada, pero firme. Muy morena, tenía el cabello y los ojos negros. Vestía una bata de hilo color rojo vivo, que se quitaba en aquel momento. Me pregunté qué podía haberle ocurrido a Magdalena para que, al evocar, se reflejara en sus ojos aquella infinita amargura. Cerré los ojos y evoqué su figura estudiantil. Tenía quince años entonces y estudiaba el quinto de bachiller... Era una chiquita tímida, suave, llena de ternura... ¿Quién había destrozado aquella candidez?

Como si penetrara en mis pensamientos, dijo:

— César Larios.

La miré un segundo. Distendió la boca en una sonrisa, esta vez alegre.

— A los dieciséis años estaba en relaciones con él. Justamente — añadió — el año que tú y yo nos separamos.

— Nos escribimos durante algún tiempo y nada me dijo — adujo yo con cierta sorpresa.

— Durante nueve meses nos escribimos, ¿recuerdas?

— Ciertamente — admití —. Dejaste de escribir y no supe más de ti.

— Conocí a César... Escucha, Corín. Voy a referirte esta historia que es mi propia vida y la de César, y te voy a contar lo de César como si yo misma lo hubiese vivido. Es decir, que para relatarte lo que ocurrió desde los dieciséis años hasta ahora, hablaré de César y

de mí como si fuéramos una misma persona. Pretende con ello evitarte problemas que no agradarían a las lectoras. Esto es, que no veas las cosas desde mis ojos, sino desde los de él y yo.

— Me parece muy bien; pero, ¿será demasiado sufrimiento para ti volver a recordar?

— Jamás lo he olvidado — dijo en un susurro, pero con firmeza —. Por favor — añadió anhelante, sin transición —, dí a tus lectoras que antes de ponerse en relaciones largas reflexionen un poco y que eviten sobre todo cierta intimidad que luego conduce solamente al fracaso total y evitar así una amargura que perdura después a través de los años.

— ¿Sabes que me estás impresionando?

— Escucha...

Empezó su historia. Terminó a las tres menos diez. No supe qué decirle. La miré. Ella tenía los ojos húmedos, aquellos preciosos ojos negros que yo no veía desde hacía tantos años.

Os la voy a referir fielmente. Le dije a ella que haría un esbozo y se lo presentaría al día siguiente en la playa.

— Mañana no puedo venir — me dijo —. ¿Por qué no me lo llevas al hotel? Me hospedo aquí, cerca de la playa. En el «Hotel Miami».

Teníamos la caseta al final de la playa y la traje en auto hasta el hotel. Nos citamos allí mismo para las diez de la mañana del día siguiente.

Puedo aseguraros, queridas lectoras, que no dormí en toda la noche. Me encerré en mi despacho y preparé el esbozo de aquel relato demasiado fuerte para una mujer tan maravillosamente espiritual como era Magdalena Velasco.

Me sentí, en efecto, tal como ella dijera, un poco ruborizada, me estremecí más de una vez, y pensé con

fervor que no quisiera para mi hija un episodio semejante.

A las diez estaba en el hotel. Subí a su departamento. Me recibió aún en bata y camisón. Fumaba un cigarrillo y parecía impaciente. Nos acomodamos en una coquetona salita.

—¿Lo has hecho?

—Aquí lo tengo. Toma asiento. Voy a leerte lo que dice. Es como un esquema o un compendio en unas cincuenta cuartillas. No me gusta la paja. No pienso usarla en tu relato. Voy a leerte lo que consideré de mayor importancia. Las partes más escabrosas de todo este asunto. Veremos si estás de acuerdo.

Leía hasta las once y media. Me escuchaba atenta y de vez en cuando parpadeaba, como si pretendiera ocultar su emoción o su amargura con ciertas invocaciones dolorosas. Cuando terminé la miré de frente.

—¿Qué me dices?

—Has sido fiel. Tienes permiso para hacer tu novela más vulgar, más humana y más verdadera.

—¿A dónde debo enviártela?

Me lo dijo.

Nos citamos para aquella misma tarde. La pasaron conmigo y mis hijos. A finales de aquel mes mis hijos y yo los acompañamos al tren...

Yo empecé a escribir... No sé si os gustará, queridas lectoras. Mas tened presente que es el pasaje de una vida que puede tocaros a vosotras cualquier día. Tal vez la lectura de esta historia os ayude a pensar y a apartar de vuestro camino el gran peligro de las relaciones largas.

Empiezo ya.

Un abrazo para todas vosotras. Cualquiera que lea esta novela, que sienta en sí mi fraternal cariño y mi agradecimiento por haberme leído.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

La conoció así.

En el autobús. Ella regresaba del Instituto. Él, de su trabajo.

Era un hombre no muy alto, de fuerte contextura. Moreno, el pelo muy negro y abundante. Los ojos de un castaño oscuro. Miraba con descaro. Se notaba en él al muchacho despreocupado, de vuelta de todas las partes. Deportivo, desenvuelto, mundano y fogoso.

Erra era frágil, bonita, tímida, suave, muy femenina.

El día que él se fijó en Magdalena (Mag para todos) vestía la muchacha un impermeable color canela. Tapaba su carita con una capucha y por el bordé asomaba un mechón de cabello muy negro. A César Larios le hizo gracia. Él era hombre enamorado. Tenía una novia en cada esquina. Nunca le duraban mucho. Se cansaba en seguida.

Al día siguiente volvió a verla y ya le sonrió. Mag le devolvió la sonrisa con una muy tímida. Ella no sabía nada de hombres. Nunca había tenido novio. Los amigos y compañeros del Instituto, que siempre hablaban de sus problemas estudiantiles.

Entre la tienda de ropa para niños y el Instituto, pasaba la vida Magdalena. La tienda pertenecía a su ma-

drina, y ésta, solterona y alegre, cariñosa y generosa, siempre le decía:

— Cuando yo muera, te dejaré la tienda.

Magdalena era tan desprendida y cariñosa, que jamás pensó en la posible muerte de su madrina para heredarla. Llegó a heredarla, en efecto, pero aún transcurrió mucho tiempo desde que conoció a César Larios y heredó la tienda...

Como decía, al segundo día, César le sonrió. Al tercero tuvo ocasión de quedarse en un cafetería junto a su oficina a tomar el vermut con unos compañeros, y no lo hizo por tomar el autobús de las doce y media y encontrarse con la muchachita tímida de los ojos negros y el impermeable.

Llovía también, y Mag subió al autobús presurosa, colgándose en el estribo, pues el autobús arrancaba en aquel instante.

César la ayudó a subir.

— Vaya mañana — comentó.

Ella lo miró con aquellos ojos de gacela asustada.

— Muy desagradable — admitió —. Es verdad.

— ¿Estudiante?

— Sí. Sexto de bachiller.

— Asustáis las chicas de ahora — comentó por decir algo.

— ¿Por qué?

— Sois crías, y ya apabulláis a uno con vuestros conocimientos.

Ella se sonrojó un poco y no respondió.

Hay que advertir que César Larios, con sus veintitrés años, no sentía marcado interés por la jovencita. Le llamaba la atención, únicamente. Pero aun así se fijó en la parada donde Magdalena se apeaba.

Durante una semana siguieron coincidiendo en el autobús. Al lunes de aquella semana, César, con la mayor naturalidad, se apeó cuando ella.

Caminando y charlando la acompañó a casa. Todavía no sabía su nombre y se lo preguntó:

—Magdalena—dijo ella dentro de su reserva habitual—. Magdalena Velasco.

—Yo me llamo César Larios. Trabajo en una oficina técnica.

Quince días después, César fue a buscarla al Instituto y desde entonces iba todos los días.

Así empezó todo. Un día el padre de Magdalena, que era un señor muy serio y muy enamorado de su hija, le preguntó:

—¿Qué pasa, Mag? ¿Es que ya tienes novio?

La muchacha se ruborizó hasta la raíz del cabello. Claro que no lo tenía. César era un amigo. Hablaban de cosas, tonterías, cine, teatro, fútbol... César era un forofo del fútbol. Un fanático. No se perdía ningún partido y el equipo local estaba en primera división. Si alguien le decía a César que el equipo iba a bajar de categoría, se ponía como un loco.

—Ten cuidado—le dijo el padre—. Eres muy cría y enamorarse es empezar a sufrir.

—Sí, papá.

—Además, a mí no me gusta que salgas con cualquier chico.

—No salgo, papá.

—Ya. Pero va a buscarte al Instituto y te trae a casa. Así empecé yo con tu madre. Así empezamos todos los hombres...

Pero no le dijo que se lo prohibía. Él fue joven y sabía lo que era una ilusión. En cambio, la madre sí que la regañó. Le puso muchos inconvenientes; pero al poco tiempo, don Antonio Velasco dijo a su esposa que dejara a la chica tranquila.

—Es un buen muchacho. 'Algo tarambana, por la edad. Tuvo muchas novias... Pero seguro que no encontró ninguna tan seria y honesta como Mag.

Para un padre como don Antonio Velasco, aquella fue una razón primordial, y no se equivocó. Pero no calculó tan bien en lo de los años. Sobre todo en los pocos años de su hija. Supo que César trabajaba en una oficina técnica, con un porvenir brillante. Que no tenía madre, que su padre era un abogado director de una Compañía de Seguros, y que si bien padre e hijo vivían juntos, cada uno hacía su vida sin importunar la libertad del otro.

Esto, al explicárselo don Antonio a su mujer, causó cierto recelo en la dama. Claro que, para entonces, César no había dicho nada a Mag con referencia a sus relaciones. Tardó algún tiempo en decírselo, y cuando lo hizo se explicó de esta manera:

—Estoy enamorado de ti, Mag, y pretendo ser tu novio, siempre que tú no tengas inconveniente.

La pobrecita Mag ya estaba enamorada de él. Tenía muy pocos años, nula la experiencia de la vida masculina. Y unas grandes ilusiones de muchacha ingenua. Naturalmente dijo que sí, que lo amaba, que deseaba ser su novia.

—Claro que —añadió César— no te propongo unas relaciones cortas. No estoy aún maduro para casarme, y por otra parte, mi situación en la oficina es mediocre. Espero, no obstante, llegar a ser director de la misma y ganar lo suficiente para mantener un hogar cómodo. Detesto las miserias y las penurias —añadió definitivamente—. Me he propuesto vivir cómodamente y he de lograrlo.

A todo esto, Mag, que entonces era una chiquilla sin conocimientos positivos para la vida, se mantuvo muda. Él le asió una mano y empezó a hablarle de lo mucho que le gustaba, de lo que iba a quererla y de otras muchas futelezas tan propias de los hombres que conocen a una mujer joven que les agrada.

Así empezaron aquellas relaciones que no pasaban de ser como otras muchas.

A los tres días justos de ser novios, César la besó en la boca. Mag se sorprendió, pero no supo o no pudo protestar. Los besos entre ellos fueron frecuentes, cotidianos más bien, y a borbotones.

Aprendió más Magdalena junto a César, durante aquellos primeros tres meses, que durante toda su carrera juvenil con sus compañeros y los libros.

César se apasionaba cada día más. Era como una fogata. Procuraba siempre llevarla por los rincones más apartados para besarla y apretarla entre sus brazos. Mag se asustaba un poco de aquella fogosidad. Él le decía con frecuencia:

—Eres muy fría.

No, no lo era. Es que siempre tenía miedo, y además había en ella una espiritualidad innata que la contenía. Le pareció todo aquello demasiado precipitado, y ella poseía una sólida base moral totalmente distinta a la de César.

La madre le preguntó un día:

—¿Qué pasa con ese chico? Me parece muy joven para tener novio, Mag.

Doña Lucía siempre hablaba así a su hija. Suave y tiernamente. Era una gran madre y a la vez una gran mujer, una magnífica esposa y una gran cristiana. No participaba abiertamente sus temores a la joven, pero sí a su prima, la madrina de Mag, que vivía en el bajo del mismo inmueble, donde tenía una tienda de ropas para niños, muy elegante.

Como Mag aquel día se ruborizara sin responder, la dama insistió:

—¿Sois novios formales? Vas a cumplir diecisiete años, Mag. ¿No has pensado que son muy pocos?

—Le quiero mucho, mamá.

La madre pensó que a los quince empezó ella a cor-

tejar con Antonio, y que a los diecinueve estaba casada y en visperas de ser madre. Esta evocación contuvo sin duda sus argumentos.

—Debes tener mucho cuidado, Mag. Eres inteligente, culta, y estás preparada para la lucha de cada día. No me gustaría que tu novio abusara de tu candor.

La muchacha se sofocó, defendiendo a César ardientemente.

—Es muy formal, mamá. Un día nos casaremos.

—Tu padre pidió informes. Nunca has tenido novio, ¿qué ibas a tener a tu edad! Si estas relaciones son formales. César tendrá que hablar con tu padre. Parece que los informes que tu padre ha recibido no son del todo malos. A ese muchacho que vive solo con su padre, le conviene casarse.

—No tenemos prisa, mamá—adujo, recordando lo que César le dijera días antes—. Somos muy jóvenes los dos. César sólo tiene veintitrés años.

—Ciertamente. No he pensado en una boda inmediata, por supuesto. Pero..., ¿qué clase de relaciones son las vuestras?

Mag se menguó. Si le decía a su madre que César la besaba en la boca a cada instante, se moriría de vergüenza. Se lo calló, naturalmente.

Dijo con vocecilla de niña buena:—

—Como todas.

—Sí, es de suponer.

Días después, fue su padre quien la abordó.

—Resulta que yo conozco mucho al padre de tu amigo.

La dama dijo desde la cocina:

—Novio, Antonio.

El caballero dio algunas vueltas entre sus dedos al habano que fumaba. Sin duda, le molestó la intervención de su mujer.

Al rato volvió a decir:

—Somos compañeros de tertulia. Hoy hemos jugado juntos la partida, como todos los días después de comer. Le he dicho que su hijo te acompañaba...

La muchacha volvió a enrojecer. La verdad, *in mente*, le desagradaba bastante que sus padres se inmiscuyeran tanto en su noviazgo. Pensó que cuando ella se casara y tuviera hijos de su edad, no haría tantas preguntas.

El padre, ajeno a los pensamientos de su hija, insistió:

—Le satisfizo la noticia. Dijo que César necesitaba una mujer que le atara corto. Así que ya lo sabes. No seas blanda, sé enérgica. Para estos hombres que están acostumbrados a vivir solos y a gastar el dinero que ganan, las novias son solamente una tapadera.

Mag no le entendió muy bien, y cuando bajó a la tienda de su madrina, lo comentó con ella.

—No te aflijas, querida Mag. Lo que tu padre quiso decir es que no le des muchas familiaridades. Los hombres son el demonio.

Mag pensó que su madrina era solterona. Ya tenía por lo menos sesenta años y estaba segura de que desconocía a los hombres. Por lo tanto, no tomó muy en cuenta lo que sobre el particular siguió diciendo, que fue lo que dicen todas las solteronas por rutina, y más bien para que las jovencitas con novio no las consideren unas ignorantes en lides amorosas.

A las siete, como siempre desde hacía tres meses, César se presentó en la tienda. Repeinado, oliendo a loción buena, impecablemente vestido, sonriente y feliz, saludó a la dueña de la tienda y a su novia.

—Muchacho —dijo la dama—. ¿Qué te parece si hoy no salierais y me contabilizarais unas cosas?

César tenía unos locos deseos de arrinconar a Mag en cualquier rincón y besarla hasta cansarse. La verdad, la verdad, la amaba mucho. No era ficción ni de-

seo carnal. Era un cariño verdadero; nacido primero de la admiración física y luego de la admiración espiritual de Mag, cuyos valores morales él bien conocía.

La verdad también, no pensaba casarse pronto, porque él era hombre (empezaba a serlo, aunque la experiencia mujeril fuera ya mucha) que gustaba la libertad, y encadenarse así por las buenas no era su pensamiento. Pero cuando se casara, y algún día tendría que hacerlo, sería Mag su mujer.

—¿No podía dejarlo usted para mañana?— preguntó amablemente—. Podríamos hacerlo más temprano. Yo vendría antes..

—Estupendo. Entonces, mañana.—Miró a la muchacha, que se ponía el abrigo—: Ve, querida, ve.

Cuando se vieron en plena calle, ya entre oscuridad cerrada, pues eran las ocho de la noche de un mes de diciembre, César la asió por el brazo y le dijo al oído:

—Vamos a la Rosaleda.

Ella se estremeció. Iba conociendo a César. Si la llevaba a la Rosaleda, solitaria sin duda a aquella hora, era para besarla. ¡Lo amaba tanto! ¡Eran tan maravillosos los besos de César! Ardían en su ser y en su boca y quemaban cuanto hallaban a su paso, y lo hallaban todo en la cándida Mag.

CAPÍTULO II

Al cabo de un año, toda la familia, incluyendo a la madrina y al padre de César, estaban encantados con aquel noviazgo. Era una boda a la vista, sin duda. César lo había dicho así; si bien añadió que no tenían ninguna prisa. Nadie se la dio. Eran demasiado jóvenes.

Tenía
de la

Pa
su h
perso
hija
Consi
na m

El
te La
más

la ho
de re
inqui

dida
de ac
nociá

error
do, h
duda

siemp
cione

B
mien

y de

sesu
C

a las
llovi
desp

Tenían tiempo de empezar a sufrir con los problemas de la vida.

Para don Antonio y doña Lucía, tener «colocada» a su hija les producía gran satisfacción. Eran de esas personas que por nada del mundo desean ver a una hija soltera. Ellos habían sido, y eran, muy felices. Consideraban, acertada o inacertadamente, que ninguna mujer puede ser dichosa quedándose soltera.

El hecho de que César fuera el hijo de don Vicente Larios, contertulio en el casino de don Antonio, fue más que suficiente para tranquilizarles con respecto a la honradez y buena intención del muchacho. La clase de relaciones, más o menos íntimas de los novios, no inquietaba gran cosa al matrimonio. Mag era tan cándida y tan ingenua, que ambos la consideraban incapaz de admitir una familiaridad de César. Claro que no conocían bien a César bajo ese aspecto, y aquí estuvo el error. No se preocuparon mucho de conocerlo, creyendo, honradamente, que era digno de Mag. Lo era sin duda. Pero César no era hombre, y esto lo ignoraron siempre los padres, que se conformara con unas relaciones sentimentales absolutamente blancas.

Bueno, creo que no debemos precipitar los acontecimientos. Vamos a narrar los hechos punto por punto, y dejando a un lado lo que piensan los padres.

* * *

— No pienso continuar estudiando — manifestó Mag sesudamente.

César se echó a reír. Se hallaban en la Rosaleda, a las siete de la tarde de un día gris y húmedo. Había llovido por la mañana y las hojas de los árboles aún despedían gotas de vez en cuando. Ellos estaban refu-

giados bajo un árbol corpulento y con los cuellos de los abrigos subidos hasta las orejas.

—Mejor— admitió César al tiempo de meter la mano bajo el abrigo de la joven y atraerla hacia sí.

—Deja— pidió ella, sofocada.

Claro que ya no era la niña ingenua de antes. Debemos advertir que junto a César Larios, las chicas dejaban pronto de ser ingenuas, por muy espirituales que fueran, como ocurría con Magdalena Velasco.

—No seas tonta. Te quiero. ¿Sabes cómo te quiero? ¿Te has dado cuenta?

Claro que sí. Dudarlo no hubiera sido normal. Ella no era nada tonta. Poco a poco iba adentrándose en ese mundo psicológico del amor, que enseña tanto a las mujeres. Conocía a César y sabía que era amada por él con toda intensidad. Sólo con mirarle, sabía cuándo César deseaba besarla, cuándo tocarle una mano o meter los dedos bajo el abrigo, buscando ansiosamente el cuerpo juvenil.

—¿Te la has dado, Mag?

—Sí— susurró un poco suspirante—. Sí. Pero ahora estate quieto. Quiero decir que no voy a seguir una carrera. Con el bachillerato tengo bastante.

A César le importaba un pito que Mag siguiera estudiando o se hiciera doctora en Filosofía. Él la amaba tal como era, y lo demás le tenía muy sin cuidado.

—Cuando nos casemos— añadió ella quedamente— tú podrás trabajar y yo ganaré un sueldo en la casa de modas para niños. ¿Sabes que me lo dijo hoy madrina? Pienso dejar los estudios, como te digo, y ayudar a madrina en la tienda. Dijo el otro día que cuando se muera me la dejará en herencia.

César la escuchaba embobado. Mag no era una belleza, pero era de un atractivo extraordinario. Tenía unos ojos negros de gitana y un pelo negro también, sedoso, brillante, muy lacio, que enmarcaba un rostro

de facc
modern
bios go
suyos 1

Al p
corresp
ralizaba

«Se
Mag
bía tra
tinuaba
los des
del cap
aguas.

Pero
porque
pensaba
conside
volviera

— S
voz—
mucha

— T
haciend

— S
— P

cen los
— cons

Algu
nándose
cas luc

Césa
entrada
caían c

Ella
por el

de facciones irregulares, pero formando un conjunto moderno y subyugador. Tenía además una boca de labios gordezuelos y húmedos, que se movían bajo los suyos con cierta ingenua habilidad.

Al principio, cuando empezó a besarla, Mag no sabía corresponderle. Cerraba la boca y se quedaba como paralizada. Él la enseñó.

«Se hace así, y así», decía.

Mag fue una magnífica discípula. Ahora, que ya había transcurrido un año, las relaciones amorosas continuaban cuesta arriba, no había dique que contuviera los desbordamientos. Se diría que por cada esquina del camino iba a estallar el dique que contenía las aguas.

Pero de eso no se dieron cuenta ni él ni ella. Ella, porque desconocía el peligro. Él, porque la amaba, pensaba casarse con ella cuando le llegara la hora, y consideraba normal que las aguas estallaran y los envolvieran con su impetuosidad.

— Se hace tarde — susurró Mag con un hilo de voz —. Después, si llego tarde, papá me mira y me da mucha vergüenza.

— Temes que adivine en tu mirada lo que estuvimos haciendo los dos.

— Sí.

— Pues, no es así. Ningún padre adivina lo que hacen los hijos, aunque de buena gana lo adivinarían — consultó el reloj —: Son las ocho.

Alguna pareja rezagada pasaba junto a ellos, inter-nándose en el parque, apenas iluminado con unas pocas luces, a través de los anchos senderos enarenados.

César y Mag tenían su banco a la izquierda de la entrada, oculto bajo un árbol corpulento, cuyas ramas caían ocultando aquel rincón.

Ella trató de ponerse en pie, pero César la retuvo por el borde del abrigo y la arrinconó en una esquina

del banco. Le desabrochó el abrigo y la rodeó por la cintura.

— Vida mía...

— César...

Ella entrecerró los ojos. ¡Era tan maravilloso estar allí junto a César y sentir sus besos y su voz y sus caricias! Perdió su innata rigidez y se oprimió contra él. Ya no había dique. César la besó en la boca, larga e interminablemente. Mag se estremeció en sus brazos. Alzó los suyos y rodeó el cuello de César.

— Te quiero — decía con un hilo de voz —. Te adoro. César, amor mío, vida mía.

César no se cansaba. Nunca se cansaba de besarla y tocarla. Y aquella escena de todos los días, hubiera durado una eternidad, si no llega, como todos los días también, el guarda a llamarles la atención.

— Voy a cerrar — gruñó —. Largo de aquí.

Mag, roja como la grana, se puso en pie y abrochó el abrigo. César, haciéndose el indiferente, miró al guardián fijamente y éste masculló entre dientes: «Estos jóvenes de ahora... La nueva ola. Me río yo de la nueva ola. Seguro que los padres piensan que sus hijos están rezando el rosario. Claro, como no son de la nueva ola...»

La pareja, muy cogida del brazo, se alejaba parque abajo. Otros guardas y otras parejas salían por otros senderos.

— Me da vergüenza — dijo Mag saliendo a la carretera.

— No seas tonta.

— Me la da. ¿Por qué no podíamos ser más formales?

— Porque nos queremos, Mag. Y yo no sé que haya otra forma de demostrarlo.

* * *

Otro día, antes de las siete, César se dirigió a la tienda de ropas de niño. Cuando llegó, doña Cristina no estaba.

—Pasa, César. ¿Quieres ayudarme? No cierro hasta las siete. Es la costumbre.

—¿Qué le pasa a tu madrina?

—Se ha puesto enferma. Ya sabes que padece del corazón. Mamá estuvo ayudándome, pero ahora tuvo que subir a hacer la comida. A papá le gusta comer temprano, cuando llega de la oficina, pues luego salé a tomar el café y a jugar la partida en el casino.

—¿Qué debo hacer?—Y ceñudo—: ¿Es que no salimos hoy?

—Pues no sé. Según lo que quede por hacer aquí. Tengo la trastienda toda revuelta.

César pensó un segundo. ¡La trastienda! ¿Qué más daba la trastienda que la Rosaleda? A decir verdad, él jamás hubiese pensado en la trastienda para secreto de sus voluptuosidades. Era un lugar seguro, cálido y secreto.

Con esta convicción, que no participó a su novia, se colocó tras el mostrador y empezó a recoger paquetes. En seguida entraron unas clientas. Los dos las atendieron. Hasta las ocho menos cuarto, no decidieron cerrar.

—Baja las persianas, César—pidió ella con ternura. Era aquélla su ternura tan íntima y suave, que estremecía a César siempre que Mag se dirigía a él.—Hemos de organizar todo esto.

—¿Tiene tu madrina para muchos días en cama?

—No sé. A veces le dan los ahogos cada año. Un día, según el médico, se quedará en uno de ellos.

—Lo siento—manifestó sincero César—. Es una solterona muy simpática.—Y secretamente, inclinándo-

se hacia Mag, murmuró malicioso —: ¿Crees que sabe algo de besos?

— No piensas más que en eso.

— Como tú — rió apasionadamente —. Estás deseando que baje la persiana para que te bese.

— ¡César! — susurró ella, roja como la grana.

El muchacho, que sólo tenía veinticuatro años, se acercó a la puerta y bajó presuroso las persianas. Cerró la puerta. Puso el catelito «Cerrado», y regresó al lado de Mag, quien, cargada de paquetes, se dirigía a la trastienda.

Allí, sin que Mag dejara su carga, la sujetó por la espalda y la apretó contra su cuerpo. Los paquetes rodaron por el suelo, y ambos, juveniles, inconscientes, se echaron a reír.

— Si nos viera madrina...

— ¡Qué sabe ella de esto!

Esto, era lo de siempre. La tenía apretada contra sí y la besaba como un loco. En los ojos, en las orejas, en la garganta, causando en Mag un súbito estremecimiento, en la barbilla y en la boca.

— César...

— Te amo, bien lo sabes. ¿Puede uno amar así y quedarse con los brazos cruzados?

— ¿Está bien esto? No lo está.

— Olvidate de lo que está bien, mi vida. Uno es joven y siente las necesidades amorosas con intensidad. ¿No vamos a casarnos algún día?

— ¡Oh, César!

Mag ya no era más que una cosita en los brazos de César. La trastienda, pensó éste, era más acogedora que el parque. Egoistamente deseó que doña Cristina no curara de su mal en un mes o dos. Él no era malo, es que amaba a Mag. La amaba como un loco y tenía que demostrárselo, porque él era así.

Durante un buen rato, casi hasta las ocho y media

estuvie

apasion

el diqu

César

Ech

so, rier

— S

Ella

— H

— M

— C

— J

Mag

pregun

Era su

su vid

Sólo s

— A

drá m

hacer.

— T

— T

— C

— J

— A

— T

— C

— J

— A

quiere

del cu

Ell

ba iló

treme

sidera

podía

—

Despu

estuvieron allí, ocultos en el rincón de la trastienda, apasionados los dos, besándose y acariciándose, roto el dique que contenía la prudencia. Y fue allí donde César empezó a ser más audaz, y donde Mag se asustó.

Echó a correr hacia la tienda y César, parsimonioso, riendo como un crío, la siguió.

— Si serás tonta.

Ella estaba como la grana.

— Hay cosas — dijo sofocada — que no están bien.

— Mujer.

— Que no, César, que no.

— ¿Me quieres?

Mag casi lloraba. ¿Cómo se atrevía a hacer aquella pregunta? Claro que lo quería. Lo adoraba más bien. Era su primer novio, el único hombre que había en su vida, y no concebía ésta sin él. Tenía diecisiete años. Sólo sabía de la vida lo que César le enseñara.

— Ayúdame — pidió entrecortadamente —. Luego vendrá mamá a cerrar y nos encontrará aquí con todo sin hacer.

— Te pregunté si me querías.

— Te adoro, César, bien lo sabes.

— ¿No somos novios?

— Claro que sí.

— ¿Pues entonces?

— Se puede ser novios, ¿no?, sin necesidad de pecar.

— ¡Pecar, pecar! — rezongó César —. Cuando unos se quieren de veras, no existe el pecado. Es una necesidad del cuerpo y del alma, Mag, mi vida.

Ella no participaba de aquella razón que consideraba ilógica. El solo hecho de pecar junto a César, la estremecía de dolor. Los besos y las caricias ya las consideraba normales en sus relaciones; pero de ahí no se podía pasar. Ella bien lo sabía.

— Ayúdame — pidió de nuevo, roja como la grana —. Después daremos una vuelta.

César empezó a amontonar cajas. Se colgó de una escalera y fue colocando paquetes en los estantes de la trastienda. Paquetes que iba dándole ella.

— Hace mucho frío.

— ¿No salimos todos los días?

— Pero nunca tuvimos una trastienda a nuestra disposición.

— Yo creo...

Él la miraba cegador. Tenía César unos ojos maravillosamente cautivadores.

— ¿No te gusta estar conmigo aquí?

— Claro que me gusta, pero tú... eres muy atrevido.

— Ta, ta. Soy un novio enamorado.

— Se puede amar mucho y ser más formal. ¿Crees que no te amo yo a ti? Estoy loca, César, bien lo sabes.

El hijo del tranquilo don Vicente, bajó corriendo de la escalera de mano y se quedó plantado ante la joven temblorosa.

— Ya están todos los paquetes en su sitio. Dime ahora que me adoras, que estás loca por mí.

— Lo estoy — susurró parpadeante —. Bien sabes que sí.

César la cerró contra sí y empezó a besarla muy despacio. Mag, que nunca había sido besada así, se estremeció en sus brazos y devolvió beso por beso y caricia por caricia.

Y no sabemos a dónde hubiera llegado aquel desbordamiento pasional, si la voz de doña Lucía no se oyera muy de cerca.

— ¿Dónde estáis, muchachos?

Se desprendieron precipitadamente. Ella lo empujó hacia la escalera.

— Sube. — Y en alta voz —: Estamos aquí, mamá. Arreglamos un poco la trastienda.

Doña Lucía apareció en el umbral de la trastienda,

cuando César tomaba un paquete de manos de su novia.

La dama los miró, complacida.

— Así se hace, hijos míos. Hay que habituarse a todo. La pobre Cristina bien merece un sacrificio. — Miró a su hija —. Ve a peinarte. Has trabajado todo el día y estás deslucida. Tú, César, baja ya de ahí, hijito. Por hoy habéis trabajado ya bastante. Aún podéis dar una vuelta...

Los dos, como mansos corderos, obedecieron.

* * *

— Ya sabemos que tienes novia — rió Juan —. Una novia formal. Pero una canita al aire...

César era apasionado por las canitas, pero Mag lo estaría esperando.

Intervino otro amigo de los que formaban la pandilla de César.

— Llámala por teléfono, hombre. Tienes mil disculpas. Dile que tenemos trabajo extra en la oficina.

— Pero no lo tenemos.

— ¿Y qué importa? ¿Qué crees que le dije yo a María? ¿O es que piensas que novia sólo la tienes tú? A todos nos gusta tener novia formal, pero de vez en cuando... — lanzó una mirada en torno al grupo —. Sólo Juan está sin novia, y eso porque ella lo dejó la semana pasada. ¿Te decides o no?

¡Cielos, pasar sin Mag una tarde...! No, no pasaría. Ninguna otra mujer del mundo tenía para él el encanto que tenía Mag.

Tal vez, adivinando sus pensamientos, Ricardo insistió aduciendo:

— Di que le tienes miedo.

César, que era un macho y detestaba que los amigos lo consideraran una gallina, se enfureció.

— Has de saber que ni Mag pretendió jamás dominarme ni yo me dejaría dominar.

Los amigos se miraron. Allí estaba el punto vulnerable de César. Si querían convencerlo tendrían que atacar por aquel lado.

— A mí sí que no me domina — adujo Ricardo —. No pienso darle ni siquiera una explicación. ¿Es que por el hecho de tener novia, un hombre no puede hacer lo que le dé la gana? ¿Es que tiene que prescindir de los amigos? ¿Es que no va a disponer de una hora para él?

— Mag es dominadora — dijo Tomás, observando que César estaba a punto de claudicar —. Ya sabes que hace siempre lo que ella quiere.

— Os voy a partir la crisma. Mag no me domina.

— Demuéstralo.

— Os digo, hijos de Satanás...

Juan se inclinó hacia él.

— Tenemos cuatro chicas. Si vamos tres nos sobrará una, y ellas aceptaron el plan con la condición de que fuéramos cuatro amigos.

— Yo, no.

— Está bien — decidió Ricardo —. Lárgate ya.

César, muy digno, se dirigió a la puerta. Caminaba presuroso, atravesó el largo pasillo. Ya no quedaba en la oficina ningún empleado. Sólo él y sus amigos. Llegó a la calle. Hacía una tarde agradable. Cristina ya se había curado por desgracia y Mag le estaría esperando para ir al cine. ¡Al cine! Arrugó la nariz. No podría besarla siquiera. Sólo un beso robado en la esquina del portal, temiendo siempre ser sorprendido por el portero o cualquier inquilino del inmueble.

«Mag te domina.» Hum. Le molestaba en gran manera que los amigos lo creyeran así. Dio un paso al frente. «Te domina. Le tienes miedo.» Maldita sea... Giró en redondo y, como temiendo arrepentirse, subió

corriend
Allí fren
colgado
mente p
parecía

— Es
Era l
como o
la vida
la conc
do uno
por enc

— Co
La r
— Di
— M
— J
toy esp
— Pu
present
Era
taba a
— J
— J
donde
— Po
— La
Mag
día... E
— M
— E

corriendo las escaleras. Atravesó de nuevo el pasillo. Allí frenó su carrera. Encendió un cigarrillo, y con él colgado de la comisura izquierda del labio, muy lentamente penetró otra vez en la oficina, donde sus amigos parecían esperar aún su reacción.

— Está bien — rezongó —. ¿Dónde es la cita?

Era la primera vez que le era infiel a Mag. Ocurrió como ocurre siempre en todas las manifestaciones de la vida y del amor. Cuando se es infiel la primera vez, la conciencia batalla durante un día entero, pero cuando uno se habitúa a la infidelidad, acaba la conciencia por encallecerse.

* * *

— Coge el teléfono, Mag.

La muchacha lo tenía al alcance de la mano.

— Diga.

— Mag, mi amor, eres tú...

— ¿Qué pasa? Hace más de diez minutos que te estoy esperando.

— Pues no puedo ir, Mag. Lo siento, mi vida. Se ha presentado trabajo extra y he de terminarlo.

Era la primera vez en año y medio que César faltaba a una cita.

— ¿Es que no vienes hoy? — se asombró dolida.

— ¡Imposible! Te prometo que mañana te llevaré a donde tú quieras.

— Pero hoy...

— La obligación, vida mía.

Mag casi lloraba. ¡Qué ocurría! César faltarle un día... Era como morirle un poco.

— Mag, amor mío, vida mía... Ten un poco de calma.

— Está bien. ¿No puedes venir más tarde?

Hubo un silencio.

—¿Estarás... en la tienda?

—Claro que no. Vamos a cerrar ahora mismo.

Otro silencio, y después la voz suave:

—No podré ir, cariño mío. Te prometo que mañana.

—Está bien. Hasta mañana, pues.

—¿Estás enfadada?

—No debo estarlo, César. Si tu obligación es quedar ahí, he de conformarme.

—Gracias, amor mío.

Colgó. Cristina observó en el rostro de Mag una gran desolación. La quería mucho. Como si fuera su hija. Le pasó un brazo por los hombros y murmuró para consolarla:

—¿Quieres que vayamos juntas al cine?

—No sé si a César le gustará...

—¿Yendo conmigo? Claro que sí, mujer.

—Pues, vamos. Estoy habituada a salir a esta hora, y cerrarme en casa me sabría mal. Vamos, madrina.

Y fueron. Con tan mala fortuna que vieron un taxi lleno de hombres que se detenía ante un café de no muy buena nota. El cine se hallaba enfrente del café. Mag estaba ante la táquilla y mientras pagaba y recogía la vuelta, vio cómo César, con sus amigos, riendo tranquilamente, se perdía por aquella puerta iluminada por una luz rojiza y mortecina.

Fue como si a Mag la apuñalaran en aquel instante. Pudo estallar en sollozos o en gritos histéricos. Pudo seguir la figura de César por aquella puerta misteriosa y pecadora, pudo participar a su madrina el gran dolor que experimentaba, pero no hizo nada de eso. Mag nunca se conoció a sí misma hasta aquel instante. Se dio cuenta de que era una mujer, y de que no iba a ser tan feliz su noviazgo como ella esperaba. Se dio cuenta asimismo de que no le sería fácil ver la película, y sintió un gran deseo de llorar.

—¿Te

Parpa

—Est

¿Sona

sicólogo.

novio. E

Lloró

el dolor

Además,

para me

si, porq

el futur

Mag

sus pad

muchac

mujer r

amor y

reaccion

Se le

padres

a la tier

risa en

con la r

tía una

madas

pico y

la tiend

la trast

a sus z

ta y pe

—¿Te ocurre algo, Mag? Estás muy pálida. Parpadeó.

—Estoy bien. Vamos, madrina.

¿Sonaba apagada su voz? La madrina no era muy sicóloga. Pensó que tal vez Mag echara de menos a su novio. Era natural.

CAPÍTULO III

Lloró mucho aquella noche a solas en su alcoba. Era el dolor de su pecho, como si se lo desgarraran vivo. Además, aquella hipocresía de César, aquel cinismo para mentir, era peor que un pecado mortal. Era peor, sí, porque si la engañaba ya, no dejaría de hacerlo en el futuro. Y esta convicción le desgarró el alma.

Mag ya no era la niña ingenua, tímida y cándida que sus padres educaron. Ya no era, ni mucho menos, la muchacha que ellos creían. Mag era una mujer. Una mujer madura sin tiempo, adiestrada en el secreto del amor y sus placeres inherentes. Y como una mujer reaccionaba.

Se levantó a la hora de siempre, desayunó con sus padres como todos los días, y como todos los días bajó a la tienda a las nueve en punto. Despachó con la sonrisa en los labios. Estaba muy linda aquella mañana, con la melancolía asomando a sus negras pupilas. Vestía una falda de grueso paño, modelando sus bien formadas caderas. Un jersey de lana blanca, de cuello en pico y un pañuelo de seda natural atado al cuello. En la tienda usaba zapatillas, aunque tenía los zapatos en la trastienda para ponerse cuando salía a la calle. Pese a sus zapatillas sin estética alguna, seguía siendo esbelta y perfecta de cuerpo.

Peinaba el corto cabello formando melenita. Apenas si se pintaba. Una pincelada en los labios, un rabito verde en los ojos, haciendo más rasgado el párpado. Las cejas arqueadas y una sonrisa aquella mañana medio esbozada en la boca.

— Parece que estás triste — le dijo la madrina.

— Es que me voy haciendo persona — sonrió a medias.

La dama la miró asombrada.

— ¿Persona? ¿No has sido siempre persona?

— No es fácil ser persona, madrina.

Llegaba un cliente y la dama le atendió, preguntándose perpleja qué había querido decir la joven.

Entraron después muchos otros clientes. El comercio de doña Cristina tenía fama en la pequeña ciudad. Estaba puesto con mucho gusto y además no vendía caro. Siempre decía que valía más vender mucho y ganar menos.

A las siete en punto se presentó César en la tienda. Eufórico, repelinado, atractivo y sonriente.

— Buenas tardes — saludó, haciendo una genuflexión —. ¿Qué tal se arreglaron ustedes ayer sin mi colaboración?

— Hola, muchacho. Muy contento vienes.

— Estoy satisfecho de mí mismo. No todos los días se puede decir igual.

Mag estuvo a punto de estallar. Pero no. No era ella mujer que hiciera un espectáculo delante de los demás. Ni en aquel instante que tan dolida estaba ni en ningún otro de su vida supieron los demás sus decepciones. Las rumió sola, como sola rumió sus placeres.

— ¿Salimos, mi vida?

Trató de hacerle una carantoña, pero Mag, suavemente, se apartó.

— En
y recog
César
comenta

— Ha
to a qu

— ¿A
iba a v

— No

— Ay

Mag
lágrima

— Ci
con un

— Un

— Es

Mag
gris osc

yendo s
esbelta.

En a

consola.

ojos aq

duda de

na no e

si creía

¿A c

bien sa

aquel c

que acu

Esta
pación

ya que
mente:

— ¿T

2 — COM

— En seguida — dijo —. Voy a ponerme los zapatos y recoger el bolso y el abrigo.

César no notó nada en ella. Se restregó las manos, comentando:

— Hace un frío condenado. Todo está oscuro. Apuesto a que nieva antes de media noche.

— ¿A dónde vais? — preguntó la dama, mientras Mag iba a vestirse a la trastienda.

— No lo sé. Mag lo decidirá.

— Ayer tuviste mucho trabajo, ¿no?

Mag lo oía todo mientras se ponía el abrigo. Una lágrima de rabia, humillación y dolor afluyó a sus ojos.

— Ciertamente. El jefe se presentó a última hora con un trabajo urgente.

— Un día serás tú el jefe.

— Eso espero. Entiendo el asunto.

Mag ya estaba allí. Vestía un abrigo de un tono gris oscuro, atado a la cintura, marcando ésta y cayendo sin vuelos. Sobre los altos zapatos parecía más esbelta.

En aquel instante se ponía el gorro de fieltro ante la consola. Veía a César a través del espejo. Vio en sus ojos aquella chispa pasional que ella tanto conocía. Sin duda deseaba besarla. Lo hubiese hecho ya si la madrina no estuviera presente. Listo estaba aquel día César, si creía que iba a besarla.

¿A qué mujer había besado el día anterior? Ella bien sabía, como lo sabían todos en la ciudad, que aquel café estaba lleno de camareras bonitas y mujeres que acudían a citas inmorales.

Esta convicción puso en su semblante como una crispación de dolor. Crispación que debió de captar César, ya que presuroso se acercó a ella, preguntando quedamente:

— ¿Te duele algo, Mag, mi vida?

«El corazón», estuvo a punto de decir. Pero en alta voz sólo dijo:

—Es que tengo frío.

—Vamos. Caminando se nos pasará.

La asió del brazo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Mag no estaba como todos los días. Notó en ella una cierta rigidez que lo desconcertó.

Salieron a la calle.

—¿Qué te pasa?—preguntó ya temeroso, pues sabía que había cometido el pecado, y si bien le parecía imposible que ello lo supiera, el pecador siempre teme ser descubierto porque conoce su delito.

Mag no consideró conveniente explotar en plena calle. Prefería llegar a la Rosaleda, donde estaba segura la llevaría César, y una vez sentada se lo diría. No sabía aún qué palabras emplearía, si de indignación o reproche, o simplemente de dolor.

Caminó a su lado, sujeta por su mano, sin decir palabra.

—A ti te pasa algo—insistió César.

—Hace frío.

César pensó que si le pasaba algo por saber lo que él había hecho el día anterior y no se lo decía, tanto mejor. Egoísta, no se dio cuenta de que era cruel, de que *in mente*, no estaba arrepentido de haber lanzado una canita al aire, de haber conocido a cuatro chicas estupendas para un buen plan.

Llegaron a la Rosaleda y se sentaron. Casi inmediatamente, César, como hacía siempre, trató de perder sus manos dentro del abrigo femenino. Pero esta vez la súbita energía de Mag lo contuvo. Frunció el ceño.

—¿Qué te pasa? ¿Piensas que un novio se conforma con mirar a su novia?

—Tendrás que conformarte, César.

—¿Qué...?

—¿No te conformaste ayer?

César

—Ca

Cierto q

las caus

—Cl

El to

tas pala

—¿L

lo he di

—No

Abri

Una

pasaba

daba en

había c

Podía s

día, per

había u

—Fr

—No

ningún

—[M

La r

momio,

en el di

conoce

—No

doblega

un novi

desapar

—En

—N

al cine.

teléfono

oficina.

Césa

César desarrugó el ceño y emitió una risita íntima.

— Cariño, ya me parecía a mí que estabas enojada. Cierto que ayer no pude ir a buscarte, pero... ya sabes las causas.

— Claro que las sé.

El tono y la mueca en que fueron pronunciadas estas palabras inmovilizaron a César.

— ¿Lo sabes? — Y rápidamente —: Claro que sí. Te lo he dicho yo.

— No.

Abrió los ojos y los entrecerró de nuevo.

Una crispación extraña frunció sus labios. ¿Qué le pasaba a Mag? ¿Es que lo espiaba? Diantre, no le agradaba en absoluto una novia así. ¿Espiarle a él? ¿Qué se había creído Mag? Él era un macho, no un muñeco. Podía ser muy novio de ella y pensar casarse algún día, pero de eso a ser un hombre dominado y espiado, había un abismo.

— Pues..., bien claro que te lo expliqué por teléfono.

— No estuviste en la oficina. No llegó tu jefe con ningún trabajo extra.

— ¡Mag! — se indignó —. ¿Es que me espías?

La muchacha tenía una máscara en el rostro. Demonio, César no la conocía bajo aquel aspecto. Pensó en el dicho vulgar de las gentes. A una mujer no se la conoce nunca.

— No me interesa espiarte — dijo Mag serenamente, doblegando el deseo de llorar —. No soy de esas. Si a un novio hay que espiarle, todo el encanto del noviazgo desaparece.

— Entonces estás hablando fundada en tus sospechas.

— No. En hechos reales, vistos por mí misma. Fui al cine. Madrina me invitó después que tú llamaste por teléfono diciéndome que tenías... trabajo extra en la oficina.

César no quiso pensar que el café donde pasó un

rato placentero hasta las tantas de la madrugada, se hallaba frente al cine. No quiso pensar en eso. Se aferró a la idea de que Mag había ido al cine sin su permiso.

Se puso en pie y gritó furioso:

— De modo que al cine, ¿eh? ¿Qué te has creído? Sin mi permiso al cine, como cualquier hija de familia sin novio. Pues no. ¿Me entiendes? No y no.

Mag fue más lista que él. Comprendió que pretendía evitar su responsabilidad, haciendo hincapié en la de ella. No estaba conforme.

— Toma asiento — pidió serenamente. En secreto, César, a su pesar la admiró. El truco con Mag no servía de nada. Pero aun así pensó en insistir, evitando así que ella le reprochara su canita al aire, en el supuesto de que la conociera, y.. por lo visto, desgraciadamente, la conocía —. Un poco de calma, César. No estamos hablando de mí, sino de ti. ¡De ti, querido!

Caray con Mag. ¿No era muy distinta? Parecía una mujer madura, muy serena. Él, en cambio, estaba próximo a perder los estribos.

— De mí — gritó excitado — no tenemos nada que hablar. ¿Me entiendes? De ti. De modo que te vas al cine con tu madrina como si tal cosa. ¿Qué crees que voy a pensar yo de eso? Al cine, hala, como si fueras una muchacha libre y...

— Déjate de memeces y escucha.

— No pienso escucharte.

— Has estado en el café-cantante. Te vi yo... ¡yo!

— casi lloraba — entrar allí.

— Al cine... Pero, ¿qué te has creído?

— ¡César!

— Magdalena, que yo no soy un muñeco. Has ido al cine con tu madrina, como pudiste haber ido con un viajante de comercio.

— No tolero que me insultes.

— Y yo no tolero que vayas al cine mientras yo me parto el alma trabajando.

— ¡Cínico! Eres un cínico.

El cerebro de César trabajó más en una fracción de segundo que doce horas en la oficina. La cosa se ponía fea. Por lo visto Mag lo sabía... Con otras novias el truco del reproche antes de ser reprochado, daba buenos resultados. Algunas olvidaban inmediatamente la falta para pedir perdón. Aquéllas no interesaron a César. Se dejó reprochar, se fue y no volvió.

Pero aquello era muy distinto. Mag era la mujer de su vida. Cierta que había echado una carta al aire, cierto que durante el tiempo que participó en la juerga apenas si pensó en Mag, porque su conciencia aun sin encallecer no se lo permitió. Y para pensar en ella reprobándose a sí mismo, prefirió no pensar.

Si se dejaba dominar por Mag estaba perdido. No podía, pues, permitir que ella le tomara la delantera, y decidió seguir riendo, sin permitirle nombrar de nuevo el café-cantante. Tal vez Mag se olvidara de aquel asunto para defenderse a sí misma.

— ¿Yo cínico? Cínica tú, que te vas con tu tía al cine.

Mag no esperó un segundo. Se puso en pie y recogió el bolso.

— ¿A dónde vas? — preguntó él, espantado.

— A casa. He ido al cine y con ello no hice nada malo. Fui e iré siempre que me apetezca y que tú... te quedes trabajando en la oficina.

— Muy bonito.

Ella lo miró de arriba a abajo.

— Nunca pensé que fueras tan cínico. Yo... yo misma te vi entrar allí con tus amigos.

— ¿Y qué hacías tú en el cine? Di, ¿qué hacías?

Mag se alejó sin responder. Tenía los ojos llenos de lágrimas y un profundo dolor en su corazón.

César consideró conveniente no seguirla. Apostaba que al día siguiente lo llamaría por teléfono a la oficina. Al menos eso hicieron siempre sus novias anteriores.

Pero Mag no era una más. Lo presintió.

Pasó el día, y seis más y quince más, y Mag no llamó por teléfono.

En la oficina, César reñía por cualquier cosa con sus compañeros, gritaba como un loco y se desquiciaba siempre que sonaba el teléfono y la secretaria le decía que se trataba de un cliente. Una vez gritó: «Que lo parta un rayo.»

Aquel día por la noche no pudo aguantar más. Temía que ver a Mag o morir de pena. Él amaba a aquella muchacha. No como amaba a las otras, sino como se ama una vez en la vida.

* * *

Lloraba por las noches. Durante el día su semblante era pétreo. Sus padres, que la observaban en silencio, se decían consternados:

—Se ha terminado todo. Están enfadados. Hace de ello quince días. ¿Qué les habrá pasado?

—Pregúntaselo.

El caballero lo hizo. Mag expresó con una tibia sonrisa:

—Nada de particular, papá. Cosas de novios.

—Pero dura mucho.

—No pienso ceder ni un tanto así—y apuntó el dedo meñique—. Faltó él, tendrá que ceder él.

—Ten cuidado. Tú le amas. Los hombres tenemos un amor propio.

—¿Y las mujeres? ¿Es que no lo tenemos?

No
na. Al

dos ser

—¿

Mag

jamás

tras co

sorbía

Pero

tal cos

en la t

Llev

nilmen

ga, no

bien. P

—H

—H

—¿

La

pero le

aquello

cientes

—V

Cris

si las

ban y

raba h

que all

lloraba

Cua

lidad,

no po

unas h

Cru

—¿

Y

No pudieron sacarle nada más. Tampoco la madrina. Al llegar las siete, todos los días, durante aquellas dos semanas, Cristina hacía la misma pregunta:

—¿Tampoco hoy?

Mag se limitaba a mover los labios en una frase que jamás pronunciaba. Se retiraba a la trastienda, y mientras colocaba los paquetes en los estantes de madera, sorbía las lágrimas.

Pero aquel día, a las siete en punto, César, como si tal cosa, sereno, sonriente y dicharachero, se presentó en la tienda.

Llevaba un junquillo en la mano y lo sacudió juvenilmente. La dama, que no era ni medianamente sicóloga, no se dio cuenta de su nerviosismo. Mag lo conocía bien. Pero ella también lo estaba. Se miraron.

—Hola — saludó él a lo simple.

—Hola — replicó Mag.

—¿No... salimos?

La muchacha estuvo a punto de mandarlo a paseo, pero lo amaba. ¡Oh, sí! Lo amaba con todo su ser y aquellos quince días de prueba fueron más que suficientes para sufrir.

—Voy... a cambiarme.

Cristina habló por los codos. Que si el tiempo, que si las ventas, que si los clientes... Futilezas que entraban y salían en los oídos de César sin detenerse. Miraba hacia la puerta de la trastienda. Nunca imaginó que allí, en un rincón, mientras se ponía el abrigo, Mag lloraba en silencio, de emoción reprimida.

Cuando salió, la asió del brazo con aparente naturalidad, temiendo que ella lo rechazara. Pero no. Mag no podía rechazarlo, como igualmente él no pudo estar unas horas más sin verla.

Cruzaron silenciosamente la calle.

—¿A dónde? — preguntó él quedamente.

Y con un hilo de voz, ella respondió:

— A donde siempre.

Había que aclarar ciertos puntos. César había preparado el discurso cien veces y ella otras tantas, imaginando todo lo que iba a decirle, pensaba decirle que no volviera a reincidir, y así terminaría todo. En quince largos, interminables días de prueba.

La explicación llegó por sí sola a los dos segundos de sentarse en el mismo banco de siempre.

— He pasado quince días de agonía, Mag, mi vida.

— Estuviste en el café con los amigos.

¿No sabía nada más? Mejor. Era fácil de arreglar aquel asunto.

— Los hombres tenemos que salir alguna vez con los amigos.

— Haberlo dicho claramente.

— ¿No te hubieses opuesto?

— Me molestaria, pero... detesto la falsedad.

— Perdóname, amor mío.

La tenía ya pegada a su pecho. Tantos días sin besarse. Los dos fueron uno hacia el otro con ansiedad loca. Se besaron. Sus bocas se perdían una en otra, parecían hambrientas. Se acariciaron, se besaron, se dejaron miles de cosas...

Era maravilloso estar allí bajo la luz de la luna y no sentir frío, y en cambio sentir el calor de aquella boca masculina resbalar por su rostro, por su garganta, y perderse en su boca por una eternidad...

* * *

César volvió a serle infiel a Mag, si bien la joven no siempre lo supo. Durante aquel año de relaciones, César faltó muchas veces a las citas con su novia. Siempre hallaba un pretexto. No es que la quisiera menos, es que tenía sus penas, era un hombre independiente

y defen
to, repe
contrari
gura. En
en cua
machos

Cuan
don Vic

Se vi
el casin

— ¿Q
trabajo.

más qu
hogar.

— Ya

— ¿N

— So

recen fe

— Pe

— M

— ¿E

Claro

gas. Sal

Pero no

con su

no hab

— Y

Vicente

— P

y defendía su libertad por encima de todo. Por supuesto, repetimos, no por ello amaba menos a la joven. Al contrario. Cada día la amaba más, pero... la tenía segura. En cambio las aventurillas fáciles se presentaban en cualquier momento y, a juicio de César, no era de machos despreciarlas.

Cuando iban a cumplirse tres años de relaciones, don Vicente y don Antonio decidieron abordar el asunto.

Se vieron, como todos los días después de comer, en el casino.

—¿Qué pasa con los chicos? César ascendió en su trabajo. Es subdirector de la empresa, gana un sueldo más que suficiente para mantener decórosamente un hogar.

—Ya.

—¿No has pensado en nada?

—Son ellos los que tienen que pensar y decidir. Parecen felices así.

—Pero hay una meta.

—Mi hija sólo tiene diecinueve años.

—¿Es que no te interesa que se case?

Claro que le interesaba. Temía las relaciones largas. Sabía bien a cuántos peligros estaba expuesta Mag. Pero no quería presionar. Muchas veces lo comentaba con su mujer. Ella también estaba inquieta, pero aún no había grandes motivos.

—Yo le hablaré a César hoy mismo —decidió don Vicente.

—Pues yo a Mag.

* * *

La conversación entre padre e hijo tuvo lugar cuando César se retiró a su hogar a las doce de la noche. Don Vicente nunca lo esperaba levantado, pero aquel día se hallaba repantigado en una butaca en el pequeño saloncito, ante el aparato de televisión.

— ¿No te has retirado aún?

— Ven un momento.

— Caramba, pareces muy circunspecto.

— Se trata de tus relaciones con Mag Velasco.

César frunció el ceño. ¿Qué pasaba? Sus relaciones con Mag eran como siempre, no había cometido pecado alguno, claro que esto no quería decir que un día no lo cometiera.

— Ganas un buen sueldo — empezó el padre —. No hay impedimento alguno que...

César no le dejó concluir. No permitiría bajo ningún concepto que se inmiscuyeran en sus asuntos.

— Un momento, papá, un momento. Me casaré cuando me convenga. Mag no me pone la sogá al cuello. Somos felices así. No tenemos ninguna prisa.

— Tú no, pero quizá tu novia y los padres de ésta...

— Mi novia no la tiene, y los padres que se metan en sus cosas.

— ¡César!

— Lo dicho, papá. Hazme el favor de vivir al margen.

— Pero...

— Mag y yo nos entendemos muy bien. Si algo tenemos que decirnos, nos lo decimos y lo arreglamos. Nadie más tiene que inmiscuirse en este asunto tan personal y tan íntimo.

Dejó suspenso a su padre hasta tal punto que no se atrevió a añadir una palabra más.

Dio las buenas noches y se fue a la cama tan tranquilo.

* * *

Don Antonio aún habló menos. Nada más abordar el asunto, Mag le atajó con suavidad, pero enérgicamente.

— No pensamos casarnos aún, papá. Mientras César no sea director de la empresa, ninguna prisa tenemos. Los esposos se miraron.

— ¿Es que tú no deseas casarte?

Claro que lo deseaba. ¿Pero qué ocurriría si lo dijera? Sus padres tomarían odio a César y ella tenía que evitarlo a toda costa.

— No tengo prisa — dijo son suavidad.

Al día siguiente esperó que César le dijese algo de su conversación con su padre, cosa que conocía a través del suyo. César, tan tranquilo, no dijo ni media palabra. La besaba. Eran sus besos más pecadores. Ya no eran los besos a borbotones del novio vehemente, un poco loco, enfebrecido de juventud. Eran los besos lentos, hábiles, maduros, del hombre que sabe doblegar a una mujer.

Poco a poco, Mag se cerraba en el puño de César. No se daba cuenta, pero lo cierto es que cada día era un poco más suya.

Fue entonces cuando ocurrió la desgracia. Cristina sufrió un ataque al corazón y no reaccionó. Murió como un pajarito, silenciosa y santamente, como había vivido. Se leyó el testamento pocos días después de enterrada, y se comprobó, como se esperaba, que su fortuna, compuesta ésta por la tienda y unos pocos valores, muy pocos, pasaba a poder de la joven.

Ésta fue la primera fase de aquel noviazgo tan vulgar y corriente como otro cualquiera. Lo normal sin duda, hubiera sido que se casaran entonces. Pero César no pronunció al respecto ni una sola palabra.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Su madre la ayudaba en sus ratos perdidos. No era suficiente. Terminó por buscar una joven dependienta y organizó el trabajo de modo distinto a como lo tenía su madrina. Modernizó los escaparates, compró más géneros, haciendo uso de los valores que vendió en la Bolsa a los pocos días de fallecer la dama, y hubo de preparar una contabilidad en regla. Le agradaba su labor en la tienda. Ya en vida de su madrina se dio cuenta de lo mucho que le gustaba el mostrador.

Si César le hubiese propuesto matrimonio aquellos días, lo hubiese vendido todo y se habría casado. Pero comprendió que César aún no estaba «maduro» para casarse, y decidió hacer del negocio algo así como su propia vida.

Aquella noche, tras de poner el cartelito «Cerrado» y despedir a la dependienta, decidió esperar a César en la trastienda haciendo los libros. César llegó casi inmediatamente.

— ¿Dónde estás, Mag?

— Pasa.

César ya no era el muchacho fogoso, insaciable de besos. Había madurado sin duda. Hasta su aspecto mejoró. Era más reposado, más tranquilo, y en su semblante se apreciaba una gran paz.

Tenía una novia con la que pensaba casarse algún día, como tienen muchos hombres. La visitaba y, de vez en cuando la apretaba en sus brazos y la besaba apasionadamente, posesivo. Pero ya no era el muchacho juvenil de ansiedades incontenibles.

Además, tenía su libertad. Una libertad que cada día se hacía mayor, que no cedía ni siquiera por el amor de Mag. Ella, en cambio, lo quería más. No tenía libertad alguna, y ahora sentía más la necesidad de los besos y de los mimos que antes. Se había hecho de una sensibilidad a flor de piel. Pero se doblegaba. No creía que César la entendiera como antes. Nunca se quejaba, pero en su pecho iba naciendo una amargura dolorosa.

— Pasa el pestillo — dijo desde la trastienda.

César lo hizo así. Quitándose la chaqueta y dejándola sobre el mostrador, comentó:

— ¿No hace mucho calor?

— Sí — replicó ella desde el interior —. Baja las persianas y ven aquí. Tengo algo preparado que puedes hacerme tú.

— ¿No salimos?

Ya estaba tras ella. Mag vestía un modelo de verano de fino hilo, de un malva muy suave. Descotado y sin mangas. De espaldas a la puerta donde César se había detenido, parecía más femenina, aun con serlo Mag definitivamente.

César sintió como una sacudida. ¿Cuántos días hacía que sólo besaba a Mag de paso? Más de una semana. Sintió como una necesidad incontenible y se inclinó hacia ella.

— Mag...

Era ronco su acento. Ella ya lo conocía. Ya sabía que iba a tomarla en sus brazos y hacerla sentir aquellas cosas...

Aturdida, porque no esperaba aquella súbita reacción de su novio, temblorosa, susurró:

— Quiero... quiero... que me ayudes a contabilizar. Podías ayudarme... Estáte quieto — César la tenía totalmente doblada en sus brazos —. Ayudarme todos los días...

— Estás muy guapa.

— Todos los días, César.

— Hueles a verano.

Cuando César se ponía así, y decía las cosas con aquel acento de voz queda y ahogada, ella perdía un poco la razón. Había llegado a amarlo más que a su vida. A veces necesitaba aquellos arrebatos de César.

— Mag..., no pienses ahora en contabilidad. Estás tan guapa...

La levantaba hacia él. La cerraba en sus brazos. Ella, como desvanecida, entrecerró los ojos. Sintió los besos de César en su boca como llamas abrasadoras. No podía más. Era toda su vida aquel hombre, el único de su vida. Alzó los brazos y rodeó su cuello.

— ¡Vida mía! — musitó él —. Vida mía...

Perdieron un poco la razón los dos. Era como si empezaran sus relaciones y no supieran contener el dique de sus deseos. Pero los deseos eran ahora más peligrosos. César sabía vencerla y ella no sabía defenderse. La trastienda solitaria, las persianas caídas, doña Lucía haciendo la comida en el piso...

— Yo no sé lo que me pasa cuando veo tu nuca — dijo él, arrebatado —. Tú tienes algo que me enloquece, Mag.

— No digas eso — musitó ella, temblorosa —. Yo creo que me amas menos.

— ¡Cielos! ¿Cómo puedes pensarlo?

— No sé.

— Mag..., estremeces todo cuanto de sereno hay en mí. Debes saberlo.

Ella también estaba estremecida. No sabía, o no quería, o no podía doblegarse ya. Oprimida en sus

brazos, no fue capaz de huir de aquel arrebató pasional que la llevaba hacia César.

— Tienes unos ojos preciosos — susurró él con apenas perceptible, acariciándoselos con la yema de los dedos —. Unas pestañas largas que me hacen cosquillas. Yo no sé qué me pasa, Mag. Te necesito tanto...

— Amor mío — musitó ella, suspirante —. Amor mío...

César le aplastó la boca con loca vehemencia. Eran los chicos de tres años antes, un poco inconscientes, un mucho fogosos. Pero ella era ya una mujer, más bella, más madura para el amor, sus labios se movían bajo los suyos.

César la arrinconó allí en una esquina y la perdió en su cuerpo. Decía frases entrecortadas. Miles de frases que ella ya no entendía; pero que penetraban en su cuerpo y en su corazón como una necesidad espiritual más que material, pero que, no obstante, permitía que imperara la materia.

Hacia calor. Los besos de César la sofocaban y a la vez la estremecían. Las manos masculinas se deslizaban por su cuerpo posesivas. Ella trató de huir, pero no podía. No podía ya. Necesitaba a César tanto como César a ella. No pensó en nada. Ya no pudo pensar.

Fuera, la gente cruzaba ante la tienda de ropas para niños, indiferente, buscando el fresco de la noche en las plazas cubiertas por los árboles. Arriba, en el piso, don Antonio leía el periódico. Doña Lucía ponía la mesa.

* * *

Se miraron asombrados. César trató de tomarlo a broma. Ella estaba palidísima, y sus labios temblaban.

— No irás a llorar, ¿eh? — dijo él suavemente —. Son cosas que pasan.

— Sí. Pasa a muchas chicas y lo pagan muy caro. Ella

no lo ignoraba. No era ella mujer que admitiera aquellas cosas con naturalidad, pero habían ocurrido.

— Mag...

— Tengo que volver a casa.

— ¿No salimos?

¿Cómo podía decir semejante cosa? No se alteró, no se enfadó. De hacerlo, hubiera llorado como una loca. César no la había visto llorar. Jamás la vería.

— Son las diez y media — dijo —. Será mejor que te vayas.

— Mag...

— Vete, César.

— Estás enfadada.

— No.

— Soy un canalla.

— No.

— Mag...

Parecía afligido. Asió su mano entre las suyas y la besó con unción. La adoraba en aquel instante. Ella lo sabía.

— Mag..., no sé qué palabras emplear para no herirte.

Ella pensó que había muchas y muy lógicas. Una, la más importante. «Casémonos, Mag». Pero esa no la pronunciaba César ni por salvar su alma, suponiendo que la tuviera. Ella bien sabía que César no era malo, pero era cómodo. Demasiado cómodo. No renunciaría fácilmente a sus tertulias del Casino, a sus partidas de póker, a sus tardes de fútbol, a sus libertades de macho.

— Te prometo que no volverá a ocurrir.

Ella sabía también que ocurriría cuando él se lo propusiera, y ahora se lo propondría siempre. Se pone la primera piedra para un edificio. Nunca se deja el edificio en los cimientos. La piedra de ella había sido puesta aquella fatídica noche.

— Vete, César. Mañana nos veremos. Estaremos los dos más tranquilos.

— Bien. Está bien.

Lo vio perderse calle abajo con las manos en los bolsillos del pantalón, tarareando una melodía de moda, haciendo el compás con la cabeza. =

Sintió como si se le desgarrara el corazón.

Al tiempo de cerrar la tienda, pensó: «Ya no soy nada. Nada en absoluto. Ahora tendré que esperar cuanto César desee. Y César no es hombre que se case, hasta que sienta la vejez sobre sus hombros».

Subió despacio escalón por escalón. Estaba medio muerta. Hacia calor y ella sentía un frío mortal. Cuando llegó ante la puerta de su piso, enderezó el busto. Tenía que disimular su dolor, su amargura. Estaba habituada ya.

Abrió y cruzó el hall.

— ¿Eres tú, Magda?

— Sí, mamá.

— Pasa, pasa. Estoy preparando la mesa. ¿Quieres ayudarme?

Como todos los días. Pero nada era igual. Ya no volvería a serlo nunca.

Recostó su frágil y bonita figura en el umbral, enfundada en el modelito malva. Su padre que leía la prensa hundido en una butaca alzó los ojos y la miró un momento.

— ¿No ha venido César?

— Sí. Se ha ido ya.

— ¿No salisteis?

— Estuvimos preparando los libros. Madrina llevaba las cosas a su modo. Hay allí un gran barullo.

— Me lo imagino. La pobre era muy buena pero no sabía administrarse.

Soportó a duras penas la charla cariñosa de sus pa-

dres. Comió poco y se fue a la cama. Derrumbrada en el lecho sollozó desesperadamente.

No era fácil contener aquella congoja aquel dolor que nacía en el corazón y se extendía por todo su cuerpo como si dejara llaga. No, no era nada fácil.

* * *

La vida se convirtió en una pesadilla. César volvía a ser el hombre fogoso exigente quizá egoísta aunque él nunca lo reconociera así. Su fogosidad junto a Mag se hacía cada día más pecadora y ella ya no podía contenerla.

En una ocasión ella le dijo:

— Debemos casarnos César. Yo no puedo soportar esto.

César la miró ceñudo.

— ¿Qué crees? ¿Que somos distintos a la generalidad?

— No me interesa la generalidad. Me intereso yo.

— Lo sé mi vida. Y a mí me interesas tú. Pero... ¿no hay más encanto en este secreto robado entre los dos? ¿Crees que seríamos más felices si nos casáramos?

— Al menos nos comportaríamos como cristianos.

— Bueno mejor será que reflexiones un poco. Yo no puedo decirte nada en concreto. Las mujeres sois así.

— ¿Cómo somos?

— Inconscientes.

— César yo creo que el inconsciente eres tú.

El hombre la tomaba en sus brazos y empezaba a besarla a decirle lo mucho que la quería y lo mucho que la necesitaba y Mag que estaba cada día más loca

por él

no vol

Em

mayor

Cua

doming

Le c

— ¿

contigo

Césa

— O

propia

— V

— T

— N

— O

más p

buscar

No

al fútb

crystal

bol y r

dara. T

Todos

luego a

fé disc

Sus

juntos

bol ni

Jamás

¿Por

decían

va ola

human

tenía q

sin él?

por él se convertía en cera blanda en sus manos y ya no volvía a hablar de boda.

Empezaba la época de fútbol. Mag ya sabía que la mayoría de los días tendría que quedarse en casa.

Cuando se abrió la Liga Mag decidió no pasarse los domingos en casa.

Le dijo una de aquellas tardes.

—¿Por qué no me haces socia? Iría al fútbol contigo.

César la miró ceñudo.

—Claro que no. Allí se dicen muchas palabrotas impropias de los oídos de una mujer como tú.

—Van muchas mujeres.

—Tú no eres una mujer. Eres mi mujer.

—No lo soy aún.

—Cariño no me vengas con bobadas. No discutamos más esto. A las siete y media estaré de vuelta. Iré a buscarte a casa y daremos una vuelta.

No fue posible convencerlo. Aquel domingo se fue al fútbol y ella se pasó la tarde con la frente pegada al cristal esperando su regreso. Era el primer día de fútbol y no tenía mucha esperanza de que César la recordara. Tenía su pandilla de amigos. Iban todos juntos. Todos dejaban a sus novias en casa. Casi nunca iban luego a buscarlas porque se quedaban en cualquier café discutiendo lo ocurrido durante el partido.

Sus padres salieron para el cine. Ella siempre vio juntos a sus padres. A su padre no le interesaba el fútbol ni ninguna otra fiesta donde no pudiera ir su mujer. Jamás los oyó discutir. Nunca los vio en desacuerdo.

¿Por qué no podía ser César como su padre? Luego decían de los padres antiguos. Los hombres de la nueva ola despreciaban a los de la antigua. Era una ironía humana que causaba dolor y decepción. ¿Por qué César tenía que ser como era y ella pese a todo no podía pasar sin él?

— ¿No sales hoy? — preguntó don Antonio asombrado al verla allí.

— Estoy esperando a César papá. Ya sabes que empezó el fútbol...

— No me explico cómo un hombre puede dejar a su novia por una tarde de fútbol — gruñó el caballero. Miró a su mujer —: ¿Vamos Lucía?

La dama se colgó de su brazo pero aun así miró a su hija.

— ¿Y si no viene Mag?

— Claro que vendrá.

— Hum. Los hombres cuando van al fútbol o a los toros, se olvidan de sus novias.

— César vendrá.

No fue. A las diez de la noche, cuando su padres aún no habían regresado, y harta de llorar, oyó el teléfono. Se levantó con desgana. Apostaba a que era él, dando cualquier disculpa. De un tiempo a aquella parte le importaba un rábano que ella se enfadara.

— Dígame.

— ¿Eres tú, Mag?

— Bien podías conocerme — reprochó.

Al otro lado sonó una risa alegre.

— Claro que sí, mi vida. La pregunta es rutinaria. Oye, no pude ir a buscarte. Me lié con los amigos y aquí estoy cenando con ellos.

Mag sintió como si todo se le desgarrara dentro del pecho.

— ¿Quieres que vaya a verte después de cenar? Se hará un poco tarde, cariño.

Le había tomado la delantera. Cuando le faltó la primera vez, debió enfadarse tanto que le costó esfuerzo convencerla. Pero ella, enamorada o infantil, no se enfadó apenas. Le esperó durante quince días, y cuando lo vio, sólo supo besar y suspirar.

— No es preciso — dijo seria.

— Vaya — gruñó él —. Ya estás enfadada.

— ¿Quieres que cante?

— Oye, Mag. Debes ser comprensiva. Al fin y al cabo, toda la semana estoy contigo.

— En la trastienda — cortó sin poderse contener.

Hubo un silencio. Después:

— ¿No es estar contigo?

Estuvo a punto de lanzar un grito agónico y huir, huir de sí misma, de toda aquella pesadilla, de los besos de César, de sus comodidades, de sus egoísmos. Pero no podía. Era suya con toda su alma. Lo amaba más que a su vida. No era dueña de sí.

— Los domingos — dijo reprobadora, limpiando con la yema de los dedos las lágrimas que resbalaban por sus mejillas y que él nunca vería — es cuando más te necesito, porque es cuando no tengo nada que hacer. El único día de la semana que puedo disfrutar.

— Está bien, está bien. Dejaré los amigos e iré a verte.

Ya sabía que era un decir, que nunca haría eso.

— No — cortó secamente —. No es preciso. Cena tranquilo y hasta mañana.

— ¿Estás enfadada, mi vida? Ya verás mañana cómo te resarzo de toda tu soledad de hoy.

Colgó sin responder.

Cuando una hora después llegaron sus padres, ella ya estaba en bata y en chinelas.

— ¿Qué tal el paseo, Mag? — preguntó el padre besándola en la frente —. Estás muy fría.

— Es que en la calle no hacía calor. Muy bien el paseo, papá.

Ella nunca supieron que permaneció allí, con la frente pegada al cristal de la ventana, oteando la calle toda la tarde.

* * *



Un año más en aquella lucha, en aquel secreto que mantenía oculto en lo más hondo de su ser, como si temiera sacarlo a la luz. El ya lo consideró una rutina. Faltaba muchas veces. Se diría que, a medida que transcurría el tiempo, su ansia de libertad era mayor. Pero aun así la amaba. Indudablemente la amaba y le era infiel pocas veces. Mas era seguro que le faltaba algunas. Que era hombre de aventura y no la desperdiciaba.

Las trastienda de aquella tienda de ropas para niños sabía mucho de aquellas renunciaciones femeninas, de aquellos arrebatos de César. De aquellas soledades inhumanas en que él la dejaba tantos días.

Mag iba haciéndose cada día más fría. Lo amaba mucho, pero iban cuatro años de relaciones sin que César, al parecer, se diera cuenta. Tenía una novia como tendría una chaqueta que le gustara. La ponía alguna vez y la quitaba con la mayor tranquilidad, para colgarla en el armario. Ella sabía eso, y aun así lo amaba, porque las mujeres somos muy tontas y cuanto más damos, más amamos. Al contrario de los hombres. Cuanto más reciben, menos aman.

Mag nunca se dio cuenta de eso.

Y si se la dio, prefirió olvidarlo.

Una de aquellas tardes, cuando don Antonio atravesó frente a la tienda, de regreso del trabajo en dirección a su casa, y vio a su hija recostada tras el mostrador, sola, haciendo números, al llegar a su piso comentó:

— No me parece que César se porte bien con Mag.

— ¿A estas alturas? La chica no se queja.

El caballero miró indulgente a su mujer.

— Querida Lucía. Mag no es chica que cuente todo a sus padres. No esperes que se queje jamás. Pero yo te digo que César no se porta bien.

— Háblale tú.

—¿Yo? Y Mag no me lo perdonaría jamás. Ya ves lo que ocurrió cuando Vicente y yo tratamos de inmiscuirnos, los dos por separado, a las primeras frases. Hoy hablé con Vicente de esto. Dice que César no ascendió aún a director, pero que bien podía casarse. Son cuatro años, Lucía. Luego cinco.

—¿Quieres que le diga yo algo a Mag cuando suba esta noche?

—No. No creo que sea prudente. Mag piensa como César.

Se equivocaba una vez más don Antonio. César no pensaba como su novia. Ésta vivía siempre en vilo. Enflaqueció, a fuerza de dominar sus pesares. Era una agonía constante depender de César, de lo que éste hiciera, dijera o pensara.

Aquella misma noche estaba sola, y eran las ocho ya. César, antes, tenía hora para llegar. Jamás se retrasaba. Ahora no tenía hora fija. Llegaba cuando le parecía, y si ella en alguna ocasión se lo reprochó (pocas ocasiones), ponía expresión aburrida y decía:

—Uno viene aquí a descansar, a desahogar la tirantez de todo el día, y encuentra una novia gruñona. No estoy de acuerdo, Mag.

Luego la tomaba en sus brazos y empezaba a decirle cosas. Tantas y tan bonitas, que de nuevo la desarmaba y era cera blanda en sus manos. Se perdían los dos en la trastienda. A veces ella sentía el resquemor de las lágrimas en los ojos, mientras su cuerpo se perdía amorosamente en el de su novio.

Así un día y otro.

¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer ya, para evitar aquel desastre?

En aquel mismo instante eran las ocho y diez. Estaba segura de que llegaría. Hacía más de una semana que no le daba un beso porque no tenía ocasión para ello. Ella, temiendo siempre su apasionamiento desbordante,

cuando lo veía aparecer por el principio de la calle, se ponía precipitadamente el abrigo y salía a su encuentro.

Aquella noche pensaba esperarlo allí. Iba a plantear el asunto. No podía continuar como estaba.

Le diría, le diría... ¿Qué iba a decirle en realidad?

— César — ensayó sola —. Esto nuestro tiene que terminar. De un modo u otro, pero terminar.

No eran frases convincentes. César se echaría a reír y la tomaría en sus brazos, y ella ya no podría seguir hablando.

Le diría...

— César, o nos casamos o lo dejamos.

¿Y si decía que lo dejaban? ¿Qué iba a ser de ella?

Tampoco eran frases adecuadas.

Otras...

— Mi padre me dijo que una vez cerrada la tienda, abandonara ésta y no permaneciera un minuto aquí contigo.

Tampoco. No quería inmiscuir a sus padres en aquel asunto tan íntimo, tan personal de los dos. Había que buscar otras frases más suaves y a la vez más contundentes.

— César, yo...

— Buenas noches, cariño.

Se sobresaltó. César estaba allí, repeinado, esbelto, más interesante que nunca, porque a medida que pasaban los años el hombre se hacía más maduro, más verdadero.

— Buenas noches — susurró con vocecilla de niña buena, desarmada ya.

Él cerró la puerta, le pasó el pestillo y se acercó a la joven. Le hizo una carantoña.

Al principio, cuando llegaba tarde, se disculpaba. Ahora, no. Mag, con dolor, hubo de reconocer que su proceder era inconsciente. ¡La tenía tan segura!

CAPÍTULO III

Mag vestía una faldita de fina lana y una blusa escocesa, camisera, abierta hasta el principio del seno. Cuando daban las siete y cerraba la tienda, siempre cambiaba las zapatillas por los zapatos de tacón, de modo que siempre aparecía impecable cuando él llegaba.

— César, tengo que hablarte.

El hombre sonrió. Mag siempre empezaba así, y después se quedaba acurrucada en sus brazos sin saber qué decir. Sólo sabía recibir los besos hondos, apretados, posesivos que le daba.

— ¿Es muy grave?

— Se trata de ti y de mí.

— ¿Y cuándo no se trata de los dos, mi vida?

— Esta vez... es en serio, César.

Él extendió el brazo y trató de alcanzarla a través del mostrador.

— Ven aquí, tontita. ¿No sabes que te adoro?

Ella rescató su mano.

— De eso quería hablarte. No me adoras.

La adoraba. Ciertamente la adoraba, a su modo. Si le dijeran que Mag ya no le amaba, se volvería loco. Frunció el ceño y pasó a través del mostrador.

— Vamos a la trastienda — dijo —. Aquí nos ven.

— Mejor. Hoy no habrá trastienda. Todo lo que tenemos que decirnos nos lo diremos aquí.

César juntó las cejas.

— ¿Qué te pasa? Di, ¿qué te pasa? ¿No sabes acaso que te amo, que te necesito, que eres toda mi vida? — No lo sé.

— Eres absurda, Mag. Cinco años de relaciones son muchos años para que ahora me salgas con ésas. Si lo dices porque faltó alguna vez o porque llego tarde, es cosa de hombres, ¿no? Tengo amigos, compromisos, trabajos extra.

— Cuando nos conocimos no faltabas nunca.

César se impacientó.

— Te digo, Mag, que no me gustan las polémicas. Somos novios, nos conocemos bien. No creo que tú tengas secretos para mí, ni yo para ti. Un día nos casaremos.

— ¿Cuándo?

— Cuándo, cuándo — gruñó —. ¿No somos felices? ¿No tenemos todo cuanto deseamos? ¿Para qué quieres problemas? Además, tal vez cuando me case te falte más.

— No te lo permitiré.

— Hum. ¿A qué viene todo esto?

— ¿Qué dirías si te dejara, César? — espetó ella valientemente.

La miró cegador. Parecían sus ojos tan brillantes, que por un instante ella tuvo miedo.

— ¿Qué dices? — gritó exasperado —. ¿Piensas que puedes? ¿Crees que yo te lo permitiría?

No se trataba de que él se lo permitiera o no. Se trataba de que ella nunca podría dejar a César, y si él la dejara a ella se moriría de dolor.

Pero César debió ver algo extraño en su actitud, porque apasionadamente se inclinó hacia ella y tiró de su mano.

— Deja — pidió ahogadamente la muchacha —. Deja.

No la dejó. La llevó con él a la trastienda y la apretó en sus brazos. Buscaban su boca afanosamente.

— ¿No ves que no puedes, Mag? ¿No ves que, pase lo que pase, venga o no venga la hora, ni tú ni yo podemos pasar el uno sin el otro? ¿No lo ves, mi vida? ¿No lo sientes en ti?

Lo sabía, lo sentía. Sus labios se abrieron bajo los de César. Durante un largo rato estuvieron así. Ella, perdida en su cuerpo; él, besándola apasionadamente. La apartó un poco y la miró largamente a los ojos. Roncamente dijo:

— Ya sé que soy un bandido. Que te falto. Que me gustan los amigos. Pero por encima de todo, Mag amadísimamente, estás tú. Si me dijeran que me faltabas...

— Quiero casarme, César. Quiero ser tu esposa de una vez.

— Sí, mi vida, sí — susurró él, perdido en el vértigo de aquel instante —. Sí, mi amor. Nos casaremos. Te prometo que será en seguida. Te lo prometo.

— ¿Cuándo?

— Cuando, cuando — susurró en el mismo tono —. Un día. Un día vendré a buscarte y te llevaré conmigo. Un día, Mag...

Mag ya no pudo preguntar más. ¿Para qué? Era tan maravilloso César cuando quería. ¡Sabía vencerla tan bien!

* * *

— No te faltaré nunca más. Te lo prometo, nunca más.

Y faltó al día siguiente.

Ella estaba allí, en la trastienda, sentando la caja en el libro, pero no veía ni las letras ni los números.

Pensaba en César. Eran las nueve. Seguro que ya no iba a verla. Lágrimas amargas enturbiaron su mirada. Un dolor agudo le atenazaba el corazón. ¿En qué iba a terminar todo aquello? ¿Se plegaría ella siempre a los caprichos de César? Sabía que si un día se rebelaba no se volvería atrás jamás. Pero..., ¿podía ella rebelarse contra César?

Se puso en pie y apagó las luces de la tienda. Se metió en la trastienda y cerró la puerta. Con un sobrehumano esfuerzo hizo la caja, lo guardó todo y esperó allí, fumando un cigarrillo, temblando éste entre sus dedos.

Era un morir cada día, aquella espera. Estaba segura de que si sus relaciones con César no fueran tan íntimas, a buen seguro él iba a plantarla con tanta facilidad. Lo que ocurría era que la consideraba muy segura. Sabía, o debía saber, que jamás ella podría dejarlo. Y tenía razón. ¿Qué podía hacer ella, pobre muchacha, ante aquel dilema?

Aún si se pudiera desahogar con alguien... Pero su secreto era demasiado grave e íntimo para participárselo a nadie.

A las diez apagó la luz y salió de la trastienda. Llegó a la calle como una sombra. Dio la vuelta a la acera y penetró en el portal de su casa. Subió despacio las escaleras.

Encontró a sus padres sentados a la mesa, dispuestos ya para la comida.

—¿Qué tal lo has pasado en el café, querida?

La pregunta de su padre la paralizó. ¿En el café?

—Pasé por allí—amplió con naturalidad el caballero—; os vi y estuve a punto de entrar.

—¿Por qué no lo hiciste?—preguntó, todo lo serena que pudo.

—Porque estabais con otros amigos y preferí dejaros tranquilos.

Comió apenas. Ellos no notaron nada. Estaban habituados a los largos silencios de su hija. Nunca fue muy habladora, pero de un tiempo a aquella parte aún lo era menos.

Mag se fue a su cuarto y se derrumbó en la cama como un fardo. Ocultó el rostro entre las manos. Los sollozos que la sacudían eran desgarradores. Si su padre había visto a César con una mujer y creyó que era ella..., ¿quién era, puesto que ella estuvo esperando inútilmente en la trastienda?

¿Quién era aquella mujer que obligaba a César a olvidarse de su obligación? ¿Quién?

* * *

Lo vio aparecer por el principio de la calle. Presurosa, se puso la chaqueta de punto y agarró el bolso. Atravesó la tienda y salió cerrando con llave, justamente cuando César llegaba a su lado.

— ¿No tienes hoy nada que hacer? — preguntó asombrado —. ¿Ya has hecho la caja?

Ni siquiera había contado el dinero. Pero con suavidad dijo:

— Ya está todo listo. Hubo poca venta hoy.

La asió del brazo y preguntó con su acento cariñoso de siempre:

— ¿Quieres ir al cine?

— Prefiero ir a la Rosaleda.

— Francamente, hace una tarde espléndida. ¿Sabes que tengo vacaciones? Mañana ya no iré a la oficina.

Esperó un segundo. Sabía que él iba a añadir algo más.

— He pensado ir a una playa del norte. Lástima que tú tengas una tienda...

— ¿Qué ocurriría si no la tuviera? — preguntó ella. César sonrió a medias. No era nada fácil abordar el tema. Había decidido pasar las vacaciones fuera. No sería Mag capaz de disuadirlo. Temía que lo pretendiera. Mag no lo pretendía. Ya sabía que, con respecto a César, no sería posible pretender nada semejante. César era un hombre libre, haría siempre lo que le diera la gana y lo estaba haciendo. Pero quedaba por aclarar lo de la chica del café...

— Mujer — dijo él interrumpiendo sus pensamientos —, tómate también veinte días de vacaciones.

— ¿Contigo?

— ¿Y por qué no?

— César — se indignó, más dolida que enojada —. Eres un monstruo. Soy una mujer soltera y decente. ¿Te has olvidado ya de eso? Soy tu novia, no tu amante.

— Calma, calma, Mag. De un tiempo a esta parte estás irascible.

¿Tenía motivos para lo contrario? ¿Es que César de pronto se había vuelto ciego y tonto?

— No eres mi amante ni mi amiga de turno, por supuesto, Mag — dijo mansamente —. Eres mi futura esposa.

— Por esa misma razón no puedo ir contigo de vacaciones.

— Está bien, está bien. ¿Qué te pasa? Hoy pareces agresiva.

Lo dijo con cansancio, como si estuviera harto de oírla. Ella comprendió que César se estaba cansando de ella. Estuvo a punto de echar a correr y ocultar en cualquier parte del parque su dolor, su fracaso como mujer. Pero no hizo nada de eso. Mag era apasionada, excitante y temperamental, pero también era serena y sabía doblegarse. Se dio cuenta de que estaba jugando a una sola baza su estabilidad moral futura, su propia felicidad y su razón de vivir.

Se sentó en el banco bajo el enredado y pidió un cigarrillo. César se lo dio. Mag fumó despacio, como si le causara un hondo placer aquel aspirar y espeler el humo.

— ¿No te sientas, César?

— Sí, naturalmente.

Ambos se dieron cuenta de que su noviazgo llegaba a una fase madura, en la que es indispensable la reflexión.

— Ayer tarde, papá me confundió con otra.

Lo dijo de repente. César se sentó y encendió también otro pitillo. Fumó aprisa. Sólo supo decir:

— ¿Sí? ¿Y cómo fue eso?

— Porque estaba contigo.

— ¿Quién?

— Yo.

— Hum. No comprendo.

— Dijo que me había visto, o mejor aún que nos había visto sentados en un café con unos amigos... Yo no era — lo miró de frente —. ¿Quién era la mujer que te acompañaba?

César se sintió molesto. Mag nunca había dado muestras de ser celosa, y hete aquí que de pronto...

— Bueno, no te pongas tan seria. Eran unas amigas.

— Y por ellas faltaste a tu cita conmigo.

— Mujer...

— No, César — cortó —. No uses falsos argumentos. Los detesto. ¿Sabes lo que estoy pensando?

— Bueno, bueno, no te pongas así. Después de todo te disculpan los celos.

— No siento celos — dijo serenamente —. Ya no siento celos. Siento rabia y desprecio.

— ¡Mag!

— Desprecio. De mí misma por tolerarte. De ti por hacerme sufrir así.

— Te juro, Mag...

— No jures en vano. No cáigas aún más bajo de lo que mis ojos te ven.

César se cansó de aguantar aquel sermón. Se puso en pie de un salto y gritó exasperado:

— ¿Es que no puedes vivir sin guerra?

— Es lo que yo te pregunto a ti. Vete de vacaciones y no vuelvas si te parece. Creo que con respecto a mí, vas a tener que falsear poco.

— Vamos — se apaciguó él —. Ten un poco de calma.

Mag lo miró fijamente. Jamás, durante aquellos años de noviazgo, César la vio más segura de sí misma, más hermosa y más mayestática.

— ¿Acaso me ves desesperada? Estoy tan tranquila. Estoy asimismo hablando muy en serio.

— También yo.

— Que no has dicho nada.

— Pues te lo voy a decir. Eran unas amigas. Me vi comprometido, y no soy hombre descortés. ¿Quieres saber algo más? Porque si quieres saber algo más, avisas. Estoy dispuesto a repetir palabra por palabra las que crucé con ellas.

— Tú no estabas con ellas. Papá te vio con una. Una que confundió conmigo. Las otras estaban con tus amigos.

— Basta ya, Magdalena.

Cuando la llamaba Magdalena, era seguro que estaba a punto de estallar. Mag no quiso esperar a que estallara. Se puso en pie, asió el bolso con fuerza y a la vez tiró el cigarrillo y lo aplastó bajo el pie.

— ¿Qué haces? — preguntó él, furioso —. ¿Es que te vas?

— Sí, me voy. Ahora mismo. Reacciona como quieras.

— ¡Oh, no, guapa! No vayas a pensar que voy a ir tras de ti. Ni hoy ni dentro de quince días como otras veces. Ya sé que tienes mucho orgullo. Tendrás que domarlo si quieres llegar conmigo a algo serio. Se aca-

bó el aguantarte, Magdalena. Vete al diablo con tu irascibilidad y tu mal genio.

Era cruel. No se daba cuenta de que la estaba matando. ¿Cómo se atrevía a hablarle así, después de haber gozado a su lado tantas veces? ¿Cómo era posible que César fuera tan duro?

Lo miró, más desolada que dolida, y echó a andar. Aún midió y contó sus pasos, esperando que él la llamara. Pero no la llamó. Se perdió en los senderos enarenados del parque, y cuando consideró que él ya no la veía, torció a la izquierda y se sentó en un banco. Quedó con la vista fija en el firmamento. Poco a poco el cielo se teñía de oscuro.

En aquel instante detestó el verano, las relaciones largas, la debilidad de las mujeres, el egoísmo de los hombres. Y sobre todo se detestó a sí misma por haber sido tal vez más débil que ninguna otra mujer.

Regresó a casa a las diez en punto.

Sus padres, como siempre, con aquella monotonía feliz, la esperaban sentados a la mesa.

—¿Qué tal el paseo? Os hemos visto salir.

—Bien, mamá.

—¿No estás un poco pálida?

—Me duele la cabeza. He trabajado mucho esta tarde. A veces la dependencia y yo resultamos insuficientes. Voy a retirarme temprano.

No insistieron. Nunca insistían, como si su subconsciente les obligara por temor a herirla. Los adoró. Tal vez más que nunca, porque estaba más sola y más amargada. De buen grado se hubiera acurrucado junto a ellos y les hubiera dicho... todo, todo lo que estaba sufriendo, pero no era posible. No tenía derecho a perturbar aquella placidez, aquella sencilla felicidad de sus padres.

* * *

Dos semanas sin verlo. Nadie sabía de él. No pensaba ceder. Ni siquiera permitir que su pensamiento se detuviera. Aún dominaba su cerebro. Al menos, lejos de él, lo conseguía.

Sus padres se dieron cuenta de que algo ocurría entre ellos. Lo comentaron uno con otro, contristados.

— Es demasiado, Antonio. Esa criatura se domina, pero yo creo que sufre mucho.

— ¿Te hubiera gustado que tus padres, en su caso, se inmiscuyeran en tu vida?

— Yo tenía confianza en mi madre y se lo contaba todo.

— Por eso actuabas con habilidad — dijo el marido tristemente irónico —. Tu madre te aconsejaba.

— Lo hacía bien.

— Sí. Pero aquí no estamos en el mismo caso. Las relaciones de Mag son demasiado personales para ella. No permitiría nuestra entrada en su santuario espiritual. ¿Sabes por qué, Lucía? Porque cuando empezó a cortejar era demasiado niña, y no sabía confesar sus pecaditos. Les temía. Ahora es difícil empezar.

— La dejamos en libertad demasiado tiempo.

— No fue eso. Confiamos en César Larios.

— ¿Por qué no le hablas tú?

— Porque Mag no me lo perdonaría. Hemos de mantenernos al margen, Lucía. Al menos mientras no observamos que las cosas van peor.

— ¿Te parece poco que después de cinco años, luego seis, él la deje plantada durante quince días?

— ¿Sabemos acaso quién tiene la culpa?

La dama quedó desconcertada.

— Eso es cierto — admitió al rato —. Esperemos.

* * *

Tomás lo abordó. Se quedaba hasta tarde en la oficina. Hacía quince días que trabajaba como un loco desquiciado, aburriéndolos a todos con sus exigencias.

— ¿Qué diablos te pasa? — preguntó Tomás, malhumorado —. Bien está que hagas alardes de tu puesto de subdirector, pero que nos jorobes a todos con tus exigencias, lo veo desproporcionado. ¿No dijiste que te ibas de vacaciones?

¡Vacaciones! Bueno estaba él para tal cosa.

— No pienso ir — dijo cortante —. He solicitado un auto. No puedo tener vacaciones y auto a la vez.

— ¡Caramba, un auto!

— ¿Qué pasa? ¿Tienes envidia?

Tomás comprendió que por lo que fuera, César estaba al cabo de sus fuerzas. En vez de enojarse le propinó una palmada en el hombro.

— Apuesto que el asunto está en Mag.

César descargó un puñetazo sobre la mesa.

— Al diablo — gritó —. Déjame en paz.

— ¿Qué os pasó? Mira — se sentó frente a él, al otro lado de la gran mesa de despacho —. Yo estuve enfadado con mi novia dos meses justos. Después, cuando nos amigamos, fue como una segunda luna de miel. ¿Sabes quién cedió? Ella.

La novia de Tomás cedería cien veces, pero la de él no. La conocía bien.

No era mujer Mag que diera su brazo a torcer, cuando tenía toda la razón. Y allí, por desgracia, la tenía.

— Déjame en paz con tus problemas sentimentales — gruñó —. Yo no los tengo.

— ¿Quieres hacernos ciegos? Todos nos hemos dado cuenta de que andas medio loco porque Mag está enfadada contigo.

—¿Quieres dejarme solo? Tengo mucho que hacer.
—Son las siete y media de la tarde— gruñó Tomás, enojado—. Y ya estamos hartos de horas extras. Así que ahí te quedas. Nosotros nos vamos.

La pandilla invadió el despacho. César se puso en pie y como un energúmeno gritó:

—Todo el mundo a trabajar. Cuando yo toque el timbre os iréis, pero mientras tanto, todo el mundo a sus puestos. Al que desobedezca lo despido sin dilación, y por mil demonios que no volverá a trabajar aquí.

Lo conocían. Nadie se atrevió a rechistar.

Se fueron todos y quedó de nuevo solo. Como tantas veces a aquella hora, levantó el teléfono y empezó a marcar el número de Mag. Cuando le faltaba el último, lo dejó en el soporte y masculló unas frases.

Seguramente lo creía veraneando. ¡Veraneando! Bueno estaba él para veraneos.

Sonó el teléfono y lo asió con súbita ansiedad. Si fuera ella...

—César— dijo la voz de Tomás—. ¿Sabes cómo se te pasaría eso? Buscando otra chica. No hay nada mejor que darle celos a la novia.

Colgó con rabia.

Celos. ¿Acaso creía Tomás que no había intentado salir con otras? Eran sapos en su mente, comparadas con Mag. Mag era para él... Cielos, nunca se dio cuenta de lo mucho que significaba Mag para él, hasta que vivió la agonía de aquellos quince largos días.

Tenía que ir a verla. Haría su papel. Le diría... Sí. Era una buena idea. Que se iba de vacaciones y que deseaba despedirse de ella. Eso es. Nada de claudicaciones. Un saludo correcto y normal. ¿Por qué no?

Súbita e inesperadamente apretó el dedo en el timbre. El tiempo extra había concluido. Se oyó un revuelo en la oficina contigua y en seguida uno por uno desfilaron ante él, asomando la cabeza por la puerta.

—Hasta mañana, león.

—Eres una fiera.

—¿Qué culpa tenemos nosotros de que Mag sea más lista que tú?

—¡Malditos animales! —gritó exasperado.

(Tomás fue el último en asomar la cabeza por la puerta.

—Recuerda, Cesarín. Una mancha de mora, con otra se quita. Lo dijo un poeta.

César se puso en pie como impelido por un resorte, y tiró sobre la puerta un pisapapeles.

Tomás se alejaba riendo pasillo adelante.

CAPÍTULO III

Había enflaquecido; pero, lejos de restarle encanto, aquella delgadez se lo aumentaba y acentuaba a la vez su esbeltez. Vestía aquella tarde un traje de chaqueta de fina lana de un color beige, una blusa verde oscuro, y el negro cabello corto lo peinaba sencillamente hacia atrás, dejando caer un mechón por un lado de la frente. Era de un atractivo extremado. De una sensibilidad a flor de piel. Herirla era un pecado. Aquella sombra de melancolía que asomaba a sus ojos, daba a su semblante mayor atractivo. Subyugante en verdad aquella muchacha.

Se había quitado la chaqueta. La blusa era corta, y sin mangas y se ataba con una cinta del mismo color en la garganta, formando una borla espesa.

En aquel instante eran las siete y media, y recostada en el mostrador, hacía números. No había aumentado el capital, pero había crecido la tienda sin desembolsar apenas dinero.

Pensó que si no se casaba (y seguro que no se casaría), allí estaba su porvenir. Sonrió tristemente. Como madrina. Un porvenir sin brillo, sólo con recuerdos. Sin futuro. Con un pasado amargo, una experiencia dolorosa...

Se enderezó y fue a cerrar la puerta. Puso sobre ella el cartelito «Cerrado», y se dirigió a la trastienda. Colocó paquete por paquete. Tanto ella como la dependienta, los sábados vendían y nunca colocaban los paquetes. Iban sacando cajas y paquetes y luego los llevaban a la trastienda. Nunca retenía a la dependienta. Era joven y tenía novio... ¡Novio! Ojalá no sufriera su experiencia. Tenía veintiún años y a veces le parecía que era tan vieja como su madre. Sentía en sus espaldas el peso de los años como una lágrima humana.

Sacudió la cabeza. Hacía muchos días que se había propuesto no pensar. No esperaba que César volviera. Seguramente que estaba deseando reñir para alejarse para siempre y así disfrutar con otras mujeres. De ella se había cansado. Sin duda se había cansado, sí.

Sorbió las lágrimas. Las cajas y los paquetes estaban ya en su sitio. Eran las ocho. Oyó que alguien sacudía la puerta. ¿Un cliente retardado? No abriría. Nunca abría después de la hora de cierre.

Abrió el libro y anotó ciertas cosas. Súbitamente sonó el timbre. El cliente por lo visto, no estaba dispuesto a marchar.

Salió de la trastienda. Quedó como paralizada. Allí, detrás de la puerta, estaba César. Un César serio, se diría que indiferente, que le hacía una breve seña para que le abriera.

¿Qué quería? ¿Venía a pedirle sus cosas? No tenía

ni una carta de él. Regalos, sí. Muchos. Desprenderse de ellos hubiera sido tanto como arrancarle el alma.

Haciéndose la valiente se dirigió a la puerta. Abrió. Estaba guapísima. Temblaban un poco sus labios, las aletas de la nariz oscilaban. Clara se observaba su fina sensibilidad.

— Buenas noches — saludó él gravemente.

— Buenas.

Como ella se quedara con la puerta abierta, él arqueó una ceja.

— ¿No la cierras? Sólo vengo a despedirme, pero...

— miró la puerta abierta — en fin...

La cerró suavemente y lo invitó con una sola frase.

— Pasa.

No notó el nerviosismo de César. No tenía por qué notarlo. Él se mostraba bastante sereno. Era un tipo campanudo. Sabía dominar sus rasgos facciales, y también sus emociones síquicas.

Ella se situó tras el mostrador y quedó allí erguida, con las manos abiertas apoyadas en el tablero del mismo. César permaneció de pie en medio de la estancia.

Vestía de oscuro. César casi siempre vestía de oscuro. Impecable en su indumentaria, impecable en sus modales, impecable en su peinado. Hasta aquella noche era impecable su sonrisa convencional, estudiada o verdadera. Eso era lo que no podía saber Magdalena Velasco.

— Creí — dijo con naturalidad — que te habías ido de vacaciones. ¿Ya has vuelto o no has marchado aún?

Así, como si fuera un amigo lejano o un vecino al que se saluda en la puerta todos los días.

Le dio rabia aquella indiferencia de Mag. ¿Cómo era posible? Lo había querido. Sí, querido hasta desmayarse en sus brazos. Una vez lo hizo. Él se asustó y cuando volvió en sí, susurró emocionado: «Eres de una sensibilidad exagerada, mi amor».

Apartó de ella la mirada. No quería recordar. Las evocaciones le herían.

—No he ido aún—dijo secamente—porque no tuve tiempo. Me voy mañana. Me he creído en el deber de despedirme de ti.

—Pudiste ahorrarte el paseo, César.

—¿Tan poco te importo?

—Lo que te importo yo a ti.

Le importaba mucho. Aunque ella creyera lo contrario, era mucho, muchísimo, lo que le importaba. No podían romperse así cinco años de relaciones intensísimas. ¿De qué estaba hecha aquella muchacha? ¿Dónde estaban su sensibilidad, su pasión, su ternura, la locura de su boca al perderse en la suya? ¿Es que todo había sido ficticio?

—Que tengas un buen viaje—añadió ella, observando su mutismo.

César encendió un cigarrillo.

—¿Quieres?—preguntó cuando lo encendía.

—Gracias. No fumo ahora.

Silencio. ¿Qué pasaba allí? ¿Es que se iban a quedar callados?

—Hace una bonita noche—dijo él.

—Un poco fría.

—Mañana me iré en el primer tren.

—Ya está demasiado avanzado el verano. Casi concluyendo—adujo—. En el norte tendrás frío. —Miró en torno—. Es tarde ya—añadió asiendo las llaves—. Voy a apagar las luces... Cerraré.

Se dirigió a la trastienda. Necesitaba un poco de calma. El corazón le daba tales saltos dentro del pecho, que temió llegar a delatarse. Vio la sombra de él proyectada en la pared. No dio la vuelta. Tuvo miedo de sus ojos, de la mueca de su boca. de tantos recuerdos acumulados allí.

* * *

César se mantenía firme en el umbral, con el pitillo entre los dientes. Tomaba toda la puerta. Ella sabía que estaba allí, que sus ojos tenían un brillo inusitado. Presintió que algo iba a ocurrir. No supo qué.

Recogió el libro y lo cerró. Estaba de espaldas a él. No dio la vuelta.

Si tuviera un espejo delante, vería su imagen menguada reflejada en el cristal. Sus labios temblorosos, sus manos agitadas. Pero no tenía espejo delante.

— El norte es un lugar bonito — dijo a lo simple.

— ¿Lo conoces?

— No.

— Entonces no sé por qué lo dices.

Se, aturdió.

Lo dicen.

Otro silencio. No podía quedar de espaldas eternamente. Ya había guardado el libro y cerrado el cajón, y el tablero que sobresalía durante el día y que ella siempre recogía antes de salir de la tienda.

No encajaba bien. Empujó.

— Deja — pidió él a su lado —. No tienes fuerza.

— Lo... lo hago todos los días.

— Di que te lo hacía yo.

¿Por qué tenía que recordar? ¿Por qué? ¿Pretendía herirla? Más de una vez ella intentó cerrar el tablero y no pudo, y él la ayudó, y luego los dos quedaban paralizados uno junto al otro, sintiendo el calor de sus cuerpos contra la pared. Allí se besaban y se deslizaban hacia el único asiento que había en la trastienda. Un canapé con cajones debajo. Muchas veces ella contó mentalmente los paquetes que había debajo, mientras sentía a César junto a sí, con sus manos perdidas en su cuerpo y su boca contra la suya.

Enrojeció. Las manos de César, al empujar el ta-

blero la rozaron a ella. Fue como si dos llamas se encontraran, se estremecieron y se fudieron. Él se la quedó mirando como asombrado. Ella parpadeante, temblándole la boca.

Fue un segundo. El tablero quedó encajado, pero ellos no se separaron. Se diría que, instintivamente, sus cuerpos se buscaban. Fue César quien primero reaccionó. Se acercó más a ella, y Mag quedó pegada a la pared.

— Mag...

Era una sola frase, una sola, pero el acento con que fue pronunciada parecía salir del fondo mismo del alma. Ella se estremeció. ¡Era tan maravilloso y tan turbador aquel contacto masculino! Evocó, sin poderlo remediar, otros momentos. Instintivamente se oprimió contra él.

— Mag...

Era como una llamada de auxilio. Ella, susurrante, sólo pudo decir:

— Sí.

— No sé qué me pasa, Mag.

— No... no sé qué me pasa, César...

¡Cielos! Fue como si todo quedara aclarado con aquellas dos frases. Las bocas se buscaron. Fue fácil. Sumamente fácil encontrarse. Como dos llamas que se funden y destruyen todo cuanto encuentran. Así les ocurrió a ellos.

— Mag... Mag... No he ido de viaje. No me voy de viaje...

Ella quedó como desvanecida en sus brazos. Era estremecedor estar así, y sentir a César como antes, y besar su boca sintiendo aquel calor inusitado en los labios, y la caricia de sus manos agitadas en su cuerpo. Cerró los ojos. Era tan grato volver a empezar así... ¡Tan grato!

* * *

Un reloj dio las nueve y media. No se movieron. César estaba sentado en el canapé, y en el suelo, encogida sobre sus piernas, con la cabeza apoyada en las rodillas de César, estaba ella.

— Mag..., parece imposible, ¿verdad?

— Sí.

— ¿Me... echabas de menos?

— Sí — susurró con vocecilla de niña buena —. Sí. Intensamente.

— Pero no fuiste a buscarme.

— No.

— ¿Por qué?

Enredaba sus dedos en el cabello femenino. Se detenía en la nuca. Ella se estremeció.

— ¿Por qué, mi vida?

— Habías faltado tú.

— ¿Qué harías si no fuera yo quien faltara?

— Te llamaría por teléfono.

— No haces tú eso.

Reían. Los minutos se deslizaban. ¿Importaban algo los minutos!

— Creí que estarías de vacaciones.

— No iré. He solicitado un auto con el dinero que me hubiese gastado en el veraneo.

Mag lo miró deslumbrada.

— ¿Un auto?

— Eso he dicho.

— Dios mío... — y estuvo a punto de decir: ¿Y un piso? ¿Por qué no compras un piso y nos casamos? No se atrevió. Era tan maravilloso estar allí, sin recordar que habían pasado cerca de veinte días el uno sin el otro —. ¡Un auto!

— ¿No te agrada?

—Sí... sí...

—¿Te desilusiona, o es que lo veo yo así?

¿No eran novios desde hacía cinco años? ¿Qué tenía de particular que ella le dijera...? Cerró un poco los ojos, mojó los labios con la lengua. César se inclinó hacia ella y le cuadró el mentón con las manos.

—¿Qué te pasa? ¿No te agrada que compre un auto?

—Nunca has pensado... —tartamudeó— en... comprar un piso...

César se echó a reír. En aquel momento, aunque ella le dijera que comprase la luna, no se enojaría. ¡Dios de los Cielos! Casi veinte días sin ver a Mag, sin tocarla, sin besarla, sin...

—Claro que sí, mi vida. Pero no creas que nos hace falta un piso. Tengo el destinado en la oficina. Pronto seré director de la empresa técnica. El director actual está a punto de retirarse. En realidad yo hago sus funciones. Estoy señalado para el ascenso, tan pronto se retire don Arturo, y según tengo entendido se retira en todo este año. Después..., pensaremos en casarnos.

A Mag se le hinchó el corazón. Era la primera vez que César hablaba de boda sin presionarlo, pero no se hizo muchas ilusiones. Siempre que reñían y hacían nuevamente las paces, César mencionaba por alguna causa el próximo matrimonio, que, por lo visto nunca llegaba a efectuarse.

Por eso no se ilusionó demasiado, pero como en realidad era una niña, pensó que tal vez fuera en serio por una vez en su vida.

—Don Arturo— siguió él al tiempo de levantarla y sentarla a su lado— es soltero. Vive en un hotel. Nunca estrenó el piso que le pertenece y que pasará a mí tan pronto ocupe su puesto. Entonces lo amueblaré. Es un regio piso.

—¿Y... nos casaremos?

La miró embobado. En aquel instante pensaba que

sí, que s
ro de de

Le ac

—Sí,

—Te

Lo di

Él la

—No

—De

dedicó a

da es pa

mucha

Así e

iglesia

—¡O

de. Mis

sin mí.

—Cu

—A

dejaré

darla.

—No

esperar

—Lo

—Su

a él—

¡Los

Los am

jeros fa

ría. Bu

nio. En

casarse

—C

tendré

rás tú

sí, que sería maravilloso casarse, y hasta estaba seguro de desear hacerlo pronto.

Le acarició el rostro. Ella entrecerró los ojos.

—Sí, mi amor. Nos casaremos en seguida.

—Tengo todo mi equipo hecho.

Lo dijo suavemente, con infantil ingenuidad.

El la atrajo hacia sí.

—No me digas...

—Desde que empecé a cortejar contigo, mamá se dedicó a hacer mi equipo. Todo lo que gano en la tienda es para mí. Mamá siempre dice que aunque no lleve mucha dote, tendré un equipo de princesa.

Así estuvieron disertando hasta que el reloj de la iglesia cercana dio las diez de la noche.

—¡Oh! —exclamó ella poniéndose en pie—. Es tarde. Mis padres me esperan para comer. Nunca lo hacen sin mí.

—Cuando te cases van a quedar muy solos.

—A ellos lo que les intersea es que yo me case. Le dejaré la tienda a mamá, y alguna vez vendré a ayudarla.

—No, mi vida. Cuando seas mi esposa tendrás que esperarme allí, en el hogar...

—Lo miró embobada.

—Suponiendo —reprochó dulcemente, muy pegada a él— que no te vayas con los amigos...

¡Los amigos! Hum, era el punto vulnerable de César. Los amigos, las tertulias, las tardes de fútbol y las mujeres fáciles, que le permitían a uno hacer lo que quería. Bueno, pero una vez casado, todo se iría al demonio. En aquel instante consideró que merecía la pena casarse y prescindir de todo lo demás.

—Cuando nos casemos —dijo convencido— yo sólo tendré una amiga, una amante y una esposa. Todo lo serás tú para mí.

— Embustero.

— Mi vida...

Volvía a empezar la cadena. Se engarzaba, aunque ellos no lo pretendieran. Colgada de su cuello estuvo unos segundos. Él la besaba largamente, intensamente.

* * *

Las once.

— Antonio, ¿no será mejor que vayas a la tienda a ver lo que ocurre?

El marido leía la prensa. Le agradaba mucho leer las noticias de última hora antes de comer. Claro que siempre tenía que dejarlo a medias. Aquella noche, Mag, por lo visto, se olvidaba de que ellos la esperaban.

— Antonio...

— Sí, mujer, sí. Ya vendrá.

— ¿Y si le pasó algo?

— No le pasó nada. Es sábado. Tal vez tuvo que hacer las cuentas.

— Las hace todos los días y nunca tarda tanto.

En aquel instante se oyó el llavín en la cerradura. En seguida los pasos suaves de Mag.

— ¿Eres tú, hija?

— Sí, mamá, sí. Perdona que me haya retrasado.

Su voz era alegre. Diferente. Los padres, aun sin que ella apareciera en el comedor, se miraron.

— Amigaron — cuchicheó el padre.

— Eso parece.

— No digas nada. Ni una pregunta.

— Es mi hija.

El caballero la miró severamente.

— Siempre lo fue, y nunca le preguntaste nada.

La dama torció el gesto. Se dirigió a la cocina y regresó con la sopera, justamente cuando Mag se recostaba en la puerta.

— Buenas noches.

— Has tardado un poco, ¿no? — observó el padre con suavidad.

Ella se sentó y desplegó la servilleta. Tenía un brillo diferente en los ojos. Los dos se dieron cuenta de que estaba profundamente emocionada.

— Estuvo a verme César.

— ¡Ah!

— Hemos... hemos hecho las paces.

— Entonces os casaréis.

El caballero miró severo a su esposa. Esta se mordió los labios.

Mag, ajena al cambio de miradas cruzadas por sus padres, exclamó feliz:

— Creo que sí. Tan pronto César quede de director y le den el piso que está sobre la oficina y que le pertenece cuando ocupe su nuevo ascenso.

— ¿Cuándo... será?

Lucía era incorregible. El esposo la miró de nuevo con el ceño fruncido.

Pero Mag replicó con sencillez, demostrando que aquella noche estaba dicharachera, cosa que no ocurría siempre.

— En todo el año.

— Entonces tendré que activar tu equipo.

Mag se echó a reír.

— ¿Quieres echarme de tu casa cargada de cosas, mamá?

— Una joven como tú, debe llevar un equipo regio.

— Gracias, papá.

Hizo tertulia con ellos. Habló de sus planes. Estaba eufórica.

Durante toda la semana lo estuvo. Fue, como dijo Tomás, una segunda luna de miel, sin casarse. César no faltaba ni un solo día. Era maravilloso sentir a aquel César de los primeros tiempos junto a ella. Era, sí, como si se conocieran días antes, se amaran y fueran a casarse.

Don Vicente dijo a su hijo uno de aquellos días:

—¿Cuándo es la boda? Supongo que ahora no esperarás mucho.

—No me caso mientras no sea director de la empresa.

—No lo censuro —adujo el caballero—. Pero tú estás demasiado pegado a tu soltería, a tus amigos, a tus tertulias y a tus pecados para formalizar con la boda.

—Muy mal concepto tienes formado de mí.

—El que mereces nada más.

César reía, y al día siguiente se lo contaba a su novia. Ella le escuchaba embobada. Era como si estuviera soñando. César no iba con los amigos, ni siquiera fue al fútbol aquel primer domingo.

Llegó al fin el auto solicitado, un «Seat 600», y se fue con su novia a un pueblo cercano. Jamás Mag disfrutó tanto.

—¿Sabes que tienes que enseñarme a conducir?

—Cuando quieras...

Así terminó la segunda fase de aquel noviazgo. Mag creyó que ya no volvería a sufrir. Que César no le faltaría jamás. Que un día, muy pronto, se casarían y terminaría todo y empezaría de nuevo.

Don Vicente le decía a su amigo Antonio invariablemente:

—No te fíes. César ama a tu hija, pero le costará mucho trabajo casarse. Vive demasiado bien.

— Un día tendrá que hacerlo — adujo su futuro consuegro —. Mag es bastante joven.

— ¿Sabes una cosa, Antonio? Yo no soy un tipo muy considerado. He quedado viudo demasiado joven y har- to de esposas. No di buen ejemplo a mi hijo y jamás lo siento. Hoy que llego a la vejez, me pregunto por qué no me casé de nuevo. Por gruñona que sea una mujer, es mejor que esta soledad que me rodea. Temo que César haya copiado de mí y tema casarse, aunque él no lo sepa.

— ¿No fuiste feliz con tu mujer?

— No era una mujer amante. Era pesada gruñona. Todo el día se lo pasaba riendo:

— Tal vez tuviste tú la culpa.

— Por eso mismo. Temo que César se parezca a mí. Don Antonio sonrió tranquilo.

— Mag no es una mujer gruñona. Es espíritu puro. Don Vicente movió la cabeza dubitativo. Todas las mujeres, mientras van a la caza del hombre, son mara- villosas. Pero cuando lo cazan... ¡Hum!

No obstante su opinión sobre las mujeres, le agra- daba Mag. Claro que no pensaba importunarlos. Él ya estaba habituado a su soledad.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

Extendió el muestrario sobre el mostrador.

— Le conviene esto, Magdalena. Se venderá bien.

— No puedo meterme en honduras — sonrió la joven —. Tenga presente que tal vez deje la tienda muy pronto, y mamá, que se ocupará de ella, no querrá tantas letras.

— ¿Se casa usted? — preguntó Mario Quirós, interesado.

— Sí.

— ¿Pronto?

— En todo el año.

— Es una lástima — dijo él quedamente —. No sabía ni que tenía novio.

— Hace cinco años, luego seis.

Hablaba mucho con aquel representante, alto y delgado, de distinguido porte, que se llamaba Mario Quirós, y siempre se mostraba con ella atento y obsesivo.

— Demasiados años, Magdalena. Siempre temí las relaciones largas. Por buenas y pacíficas que sean, resultan amargas.

Ella creía lo mismo. Pero ya era tarde para rectificar. Nunca permitiría que una hija suya se comprometiera a los dieciséis años.

—No se ría de mí— dijo Mario un poco aturrido—. Pero desde que visito su casa, hace seis meses, siento por usted una gran admiración. Fíjese si seré tonto que pensaba invitarla al cine hoy mismo.

Eran las siete menos diez. Mag pensó que no tardaría en llegar César. Hacía más de un mes que no faltaba ni un solo día. A las siete en punto se presentaba en la tienda canturreando, eufórico y feliz.

Ella no tomó a mal las palabras del representante. Era un hombre galante y correcto. Muy correcto. Tenía un auto imponente y él vestía como un príncipe. Claro que a ella le importaba un rábano todo aquello. Pero estimaba al hombre que en sí era Mario.

—Lò siento— dijo—. Ya sabe lo que hay.

—¿Su novio es de aquí?

—Sí.

—Ya. Siento mucho haber llegado tarde, Magdalena.

Ella se ruborizó a su pesar.

Presuroso empezó a hablar de los géneros que Mario presentaba.

—Si no pensara casarme, tal vez me lanzara a la aventura de adquirir una partida, pero no puedo dejar ese lastre a mamá.

—Es vendible, Magdalena. Le aseguro que si no fuera así, no se lo propondría. Además, le doy un margen de sesenta, noventa y ciento veinte días para pagar, a partir del momento que reciba usted el pedido.

—Aun así.

Vio a César al principio de la calle. Mejor aún, su «Seat 600», pues ahora siempre llegaba en auto.

—Va usted a conocer a mi novio.

—Me alegro— dijo Mario dando la vuelta.

César frenó su coche y entró canturreando. Al ver a Mario, a quien ya había visto otro día salir de la tienda, frunció el ceño. ¿Quién era aquel tipo que tan familiarmente hablaba con Mag?

— César, ven. Te voy a presentar a un viajante.

¿Qué le importaba a él el viajante en cuestión? ¿Por qué tenía Magdalena aquel interés?

— Mario Quirós. César Larios.

Se dieron la mano de mala gana. César era lo bastante observador para darse cuenta de que aquel hombre miraba a su novia con ansiedad.

— Encantado de conocerle, señor Larios. Magdalena acaba de decirme que se casa...

César pensó que era mucho decir, pero no hizo objeciones. Aquel tipo le resultó aún más antipático por dos razones; una, por llamar Magdalena a secas a su novia, y otra por la forma de mirar a la misma.

Resultó descortés y casi grosero. Mario cerró su maleta y marchó sin volver a estrecharle la mano. En cambio estrechó la de Magdalena e incluso se la besó. ¡El colmo! César estaba de un humor de mil demonios.

Cuando la puerta se cerró tras el representante de comercio, y arrancó su lujoso coche acharolado, estalló.

— ¿Por qué tiene que llamarte por tu nombre? ¿Qué atribuciones se toma ese tipo?

Mag lo miró asombrada.

— Encima que fuiste un descortés, tienes que decir — reprochó dolida —. Aunque sólo fuera por el hecho de habértelo presentado yo, debiste ser más cortés.

— Y te besa la mano — gritó exasperado —. ¿Crees que eso me agrada?

— Es una cortesía social.

— ¡Social, social! — se alteró —. ¿A mí qué me importan las cortesías sociales? Tú eres mi novia, ¿no?

— César, cariño, no te pongas así.

— Me revienta, ¿te enteras?

— Tus expresiones, querido César...

— No soy tan espiritual como tú...

— César — exclamó ya serena —. Si vienes para reñir, será mejor que cojas la puerta y te marches.

César se la quedó mirando asombrado. Era la primera vez desde que la conoció en el autobús, que Mag se ponía así y le echaba de su lado sin miramientos. Avanzó despacio hacia ella. Se la quedó mirando fijamente.

— ¿Qué dices?

Magdalena estaba irritada. Le fastidiaba en extremo que César se comportara tan inadecuadamente. Mario Quirós como hombre le importaba un rábano, pero no deseaba quedar a mal con él. Era cortés y educado. ¿Por qué tenía César que levantar aquella polémica por una cosa tan natural y tan simple?

— Claro que me voy ahora mismo — gritó César, exasperado —. Y no pienso volver. Tendrás que ir tú a buscarme.

Mag se menguó. Trató de decir algo, pero ya César iba camino de la puerta. Con ahogada voz susurró antes de que él abriera:

— No iré a buscarte, César. Porque nada te hice para que te pusieras así.

— Me has despedido.

— Para insultarme, por supuesto que no te quiero aquí.

— ¿Otra vez?

— Tienes ganas de dejarme — reprochó ella con un hilo de voz —. Di que ya te has cansado de ser un buen hombre, un novio atento y cortés.

César no se había cansado, por supuesto, pero... tenía ganas de echar una canita al aire y nunca mejor ocasión que aquella.

— Te digo — señaló con el dedo enhiesto — que tendrás que ir a buscarme tú.

Salió sin esperar respuesta.

Magdalena corrió hacia la trastienda y apretó las sienes entre las manos. Le estallaban. No tenía motivos para ponerse así. Lo conocía. Se había cansado ya de comportarse como un novio atento. Un hombre cortés y cariñoso. Siempre ocurría igual. Cuando se cansaba, lo echaba todo a rodar, y ella quedaba allí convertida en nada. Apretó la cabeza contra el estante y cerró los labios con fuerza. Las lágrimas afluían a sus ojos como surtidores. Nunca, la vería llorar. Nunca se daría cuenta del daño que le hacía. Jamás lo llamaría. No había dado motivos. Ella sólo se había limitado a responder.

* * *

Esta vez no fueron quince días ni veinte. Fueron meses. Meses que a Mag le parecieron interminables. Incluso tuvieron que tomar cartas en el asunto don Vicente y don Antonio, a espaldas de Magdalena, por supuesto.

Le visitaron los dos hombres en la oficina. Hacía quince días que lo nombraran director efectivo de la empresa. Con Mag sería inconstante y temperamental. En la oficina era eficiente; agudo y emprendedor. Un elemento que no estaba dispuesto a perder la empresa.

Cuando vio llegar a su regío despacho a los dos hombres, se puso en pie. No parecía el mismo muchacho despreocupado de antes. Se diría que con el ascenso había madurado. Su mirada era fría y el rictus de su boca tan helado como el mirar de sus ojos.

— Qué milagro por aquí — dijo tan sólo —. Sentaos.

Claro que no tengo mucho tiempo disponible. Dentro de unos instantes tengo prevista una reunión del consejo.

Los do
con sarcas
novio ni u
el mund
como si e
más se qu
mado des

— Se t

— Pap

to es nue

Intervi

que se d

flor de s

había acc

El hecho

sombra p

— Fue

— Lo s

que me

Que recti

do sea m

— Una

jo el pad

tás a pu

César

hubiese r

Vicente r

— ¿Pe

fuerte.

— A M

No sc

pero tuv

si Magd

ligada a

¿Lo creía

Los dos hombres lo miraron con ternura y a la vez con sarcasmo. Sería un buen jefe, pero no era un buen novio ni un buen hijo, ni siquiera un buen amigo. A todo el mundo trataba igual, con despégo y con desdén, como si el hecho de haber subido él, mientras los demás se quedaban donde estaban, le produjera un extremo desprecio hacia el prójimo.

— Se trata de Magdalena — dijo don Vicente.

— Papá, te tengo dicho muchas veces que este asunto es nuestro, no vuestro. Ya lo arreglaremos nosotros.

Intervino don Antonio sin rabia, con cierta ternura que se doblegaba y salía a la luz de sus ojos y a la flor de sus labios, aun sin proponérselo. Y es que se había acostumbrado a considerar a César como un hijo. El hecho de perderlo y de ver a Magdalena como una sombra por casa, le causaba horror.

— Fueron seis años de relaciones, César.

— Lo siento, Antonio. Estoy esperando todos los días que me llame por teléfono su hija. Ha faltado ella. Que rectifique. Si no lo hace hoy, ¿qué ocurrirá cuando sea mi esposa?

— Una esposa rectifica mejor que una novia — adujo el padre de César —. Ten presente, hijo mío, que estás a punto de perder lo mejor que has tenido.

César no se inmutó apenas. Un buen observador hubiese notado que parpadeaba nervioso, pero ni don Vicente ni don Antonio eran buenos observadores.

— ¿Perder qué? — preguntó desdeñoso, haciéndose el fuerte.

— A Magdalena.

No soltó la carcajada porque le pareció impropio, pero tuvo ganas de reír. ¿Perder a Magdalena? Como si Magdalena pudiera ser de otro hombre... Estaba ligada a él para toda la vida, para cuando él quisiera. ¿Lo creían tonto aquellos dos vetustos personajes pa-

sados de moda? ¡Infelices padres inocentes! Él no perdería jamás a Magdalena.

Pero, pese a estas íntimas convicciones, el gusano del temor penetró dentro. ¡Perder a Magdalena... sería tanto como perder la vida! Pero no. Era un decir de aquellos dos sentimentales padres.

—Lo mejor—adujo impenetrable—será que viváis al margen. Estas cosas nos pertenecen sólo a Mag y a mí.

—Hace dos meses que no vas por la tienda.

Estuvo a punto de decir: «Va Mario Quirós.» No lo dijo. Pensó. ¿Iría? El solo hecho de que fuera le revolvió las entrañas. Todos los días evocaba la mirada de aquel hombre puesta en Mag... Le producía el mismo efecto que si le clavaran un puñal lentamente en el cuerpo.

—Las mujeres—dijo don Vicente, como si conociera a su hijo y penetrara en sus pensamientos—nunca están seguras. No están seguras las esposas... cuanto más las novias. Andate con cuidado.

¿Qué decía su padre? ¿Acaso hablaba por lo que le ocurrió a él? Evocó a su madre. Era muy crío cuando ella murió, pero jamás podría olvidar los gritos y las polémicas. La paciencia de don Vicente, su padre, y el genio odioso de su madre. Tal vez fuera esto, y no otra cosa, lo que le apartaba a él del matrimonio. Pero no lo sabía.

Subconscientemente se preguntaba muchas veces: ¿Y si Magdalena después de casada se convertía en una pesada mujer como su madre?

—Estás haciendo sufrir a Magdalena.

—¿Se lo ha dicho ella, Antonio?

El padre se espanto.

—¡Oh, no, claro! Si supiera que he venido a verte, no me lo perdonaría jamás.

— ¿Lo v
da a perd

No iría
aquellos d
diera a él,

Los dos
miento y s
sieron en

—No v
tonio—. F
tienes piso

Cierto.

Los acc
meó el ho

—Vosc

Don An

—Eso

cuartiza.

—Mag

—No

cansara d

Ya, co

Regres

Encendió

creyó así.

Debía, sí,

tía feliz.

Anoche

como aqu

Con la

cruzó cal

che estal

— ¿Lo ve usted? Es terca, muy suya. Pues que aprenda a perder alguna vez.

No iría. Por mucho que lo deseara y se lo pidieran aquellos dos hombres ya caducos. Mientras ella no acudiera a él, no le dijera... No, no iría.

Los dos hombres, como si penetraran en su pensamiento y se dieran cuenta de su inútil empresa, se pusieron en pie.

—No volveremos a inmiscuirnos— decidió don Antonio—. Pero ten cuidado. Ahora ya eres director. Ya tienes piso. Nada impide que te cases.

Cierto. Pero no pensaba hacerlo.

Los acompañó hasta la puerta y ya en ella les palmeó el hombro.

—Vosotros, tranquilos— dijo.

Don Antonio se volvió como una víbora.

—Eso es. Nosotros tranquilos mientras Mag se descuartiza.

—Mag es fuerte.

—No eres bueno, César. Me gustaría que ella se cansara de ti y te dejara plantado.

Ya, como si eso pudiera hacerlo.

Regresó a su despacho y se sentó tras la gran mesa. Encendió un habaño. Fumó con placer. Al menos él lo creyó así. El tabaco sabía amargo. Debía sentirse feliz. Debía, sí, mas no se sentía. En modo alguno se sentía feliz.

* * *

Anocheecía. Empezaban los fríos. Evocó otros días como aquéllos, perdidos en la Rosaleda. Hum...

Con las manos hundidas en los bolsillos del gabán, cruzó calles y más calles como un sonámbulo. El coche estaba en el garaje. Una pequeña avería. Siguió

caminando. No sabía adónde iba. Los amigos le cansaban, ya no le entretenían tanto. Las amiguitas, esas que pasan por la vida de los hombres entreteniéndolos tan sólo, le resultaban pesadas. Ya no llenaban esos rincones vacíos de su vida. Claro que él bien se conocía, y no ignoraba que un día cualquiera, cuando volviera a ser de Magdalena, sentiría en seguida aquella necesidad enfermiza de buscar otros entretenimientos. Magdalena era una necesidad perentoria. Lo demás... caprichos placenteros que causaban goces diferentes.

Caminando sin mirar por dónde caminaba, llegó ante la tienda. No era la primera vez que le ocurría. Más de una vez, durante aquellos tres meses, se vio allí a aquella hora de la noche, mirando con ansiedad lo que ocurría en el interior de la tienda. A veces ya estaba cerrada, las persianas caídas y sin luz en el interior. Otras, Magdalena, apoyada en el mostrador, hacía números. Las más, veía su silueta de espaldas a la puerta, en el interior de la trastienda. Los escaparates eran grandes y cuando las persianas no estaban bajas, se podía apreciar todo lo que ocurría dentro, incluso en el interior de la trastienda. Algunas veces Magdalena se hallaba inclinada sobre los escaparates, preparando la exposición del día siguiente. Cuando la veía inclinada, mostrando su puro perfil, se le retorcián las entrañas, pero no iba a su lado. No cedería un palmo en aquella ocasión. Lo había echado ella, ella tendría que llamarlo.

Aquella noche sus pasos se detuvieron en la esquina de la calle. La tienda estaba iluminada. Las persianas alzadas y dentro, recostada en el interior del mostrador estaba Mag, y por la parte de fuera... Palideció. No quiso dar crédito a sus ojos, pero hubo de dárselo. Estaba Mario Quirós, el representante de comercio, por el cual ambos estaban distanciados.

Fue como si le propinaran una paliza. Quedó cla-

vado en la calle, erguida la cabeza, brillante la mirada.

Pero no entró. Giró en redondo y al día siguiente accedió a realizar el viaje por el extranjero que la compañía le había propuesto una semana antes, y a quien no había dado respuesta concreta por desear arreglar lo suyo con Magdalena antes de marchar.

* * *

Ella lo supo el mismo día que César marchó.

— Tardará por lo menos seis meses en volver — dijo su madre —. Parece ser que es un viaje que realizan todos los directores a fin de año.

No respondió. De hacerlo hubiese estallado en sollozos. No había derecho a que se comportara así con ella. Sabía que la tenía segura. Era demasiada crueldad por su parte. Iban ya corriendo los siete años de relaciones. A veces le entraba como un arrebató difícil de contener. ¿Y si se lo contara todo a Mario y se casara con él? ¿Qué ocurriría? ¿Sería ella capaz de amar a Mario? No. Amaba y añoraba demasiado a César Larios.

— Mag...

Alzó la cabeza. Tenía la mirada brillante; como si bajo ella se ocultara una fuente de llanto que se doblegaba a fuerza de voluntad.

— Sí, mamá.

— Se ha ido, te dije.

— Te oí.

— ¿No dices nada?

— No.

— Es cruel que se porte así contigo.

— No es cruel, mamá. Es que César es así. No lo puede remediar.

— Le amas demasiado.

— Le amaré siempre —dijo bajo, con temblona voz—. Siempre, mamá. Es como una ley.

— Me lo imagino. Empezaste muy joven. Fue el único hombre. También yo tuve sólo un novio, que fue tu padre. Pero no me hizo sufrir.

Bajó a la tienda sin responder. Oculta en la trastienda lloró. Miró cada rincón. Todos eran evocadores. Allí... a dos pasos de ella, conoció a César verdaderamente por primera vez. A César hombre. No al muchacho dicharachero y besón que fue hasta entonces. Allí se hizo ella mujer, cuando en realidad casi tenía edad para jugar con muñecas...

Por la noche, minutos antes de cerrar, se presentó Mario Quirós en la tienda. Ella, que pensaba ir a la iglesia, hubo de recibirlo cortésmente.

— Pasaba por aquí —se disculpó— y pensé que no le molestaría recibirme.

— En modo alguno, Mario.

— ¿No se atreve a venir al cine conmigo?

Le humilló que él supiera que estaba enfadada con el novio. Ella, que muy tranquila y segura le había dicho que pesaba casarse pronto...

— No, gracias.

— ¿Por qué, Mag?

Le molestó que la llamara como César. Era un buen amigo, pero no era César. Nunca sería César.

— Porque no tengo tiempo y porque... ya conoce usted mi situación.

— Sé que su novio... se fue.

— Mucho sabe usted.

— Perdóneme. Cuando se admira tanto a una mujer...

— Por favor. No me hable de eso.

— ¿Por qué no, Magdalena? ¿Por qué no? No es la primera mujer que rompe con su novio después de siete años, y se casa con otro.

Lo miró espantada.

— ¿Cree usted que yo...? ¿Concibe usted que después de siete años me case con otro hombre?

— Sí. Eso es lo que pretendo, Magdalena.

— No me dirá que me ama.

— Se lo digo en cuantos idiomas desee.

Sonrió tristemente.

— No se moleste, Mario. No va a ocurrir.

— ¿Por qué no?

— Porque no le amo.

— Escuche — susurró fervoroso, inclinándose hacia ella —. En realidad no sabe si ama a su novio. Empezó usted muy niña. No conoció a otros hombres. La he visto aquí, bonita, resignada, paciente, esperando siempre...

— Cállese — exigió sin alterarse —. No tiene derecho a inmiscuirse en mi vida.

— Discúlpeme. La amo mucho. No soy un niño. Tengo treinta años y he vivido lo mío. Esto no es un capricho.

— Aun así, Mario. Lo siento, nunca podré amarle.

— La haría feliz, Mag.

— Y no me llame Mag.

— ¿Porque le recuerda a su novio?

— Mario, no me obligue a odiarlo. Hemos sido buenos amigos...

— No puedo ser amigo de la mujer que amo.

Se cansó. Necesitaba confesar. Hacía años que no lo hacía. Pensaba descargar su conciencia. Se lo diría todo al confesor. Hasta los diecinueve años, fue a confesar todas las semanas. Cuando veía a don Demetrio, él la miraba censor. Ya sabía que ocultaba algo. Conoció a César a través de sus confesiones. Después... no volvió. Ahora tenía que hacerlo. Cada día pesaban más en su conciencia los pecados. Además, necesitaba un consejo. No para amar a Mario, por supuesto, sino para mantenerse firme en sus convicciones.

— Magdalena...

— No me diga nada, Mario. Esto está decidido.

— Y si él no vuelve.

— ¡Me quedaré soltera! — dijo con firmeza.

Mario la miró fijamente.

— Escuche, quiero que sepa que estoy dispuesto a conquistarla. A demostrarle que la haría feliz. Tengo un año en esta zona. Lo bastante para demostrarle que, como sea, la haré mi mujer.

Sonrió cansada.

— Perderá el tiempo.

— Fijese bien, que aunque me dijera que tenía usted un hijo con César Larios, no cambiaría mi modo de pensar con respecto a usted.

— No lo tengo — se indignó.

— Aunque lo tuviera.

CAPÍTULO II

Don Demetrio la recibió con una sonrisa socarrona. Ella, roja como la grana, empezó a balbucir una confesión forzada, torpe.

— Por favor, Magdalena — la detuvo el confesor —, vuelve a ser la niña buena de dieciséis años; la que un poco más tarde venía a confesar sus pequeños pecaditos de enamorada, y no te culpes a ti misma. Empieza por el tronco y que no te quede ni una corteza. Y ten presente que me imagino todo lo que vas a decirme. Cuando una joven como tú, cumplidora de sus deberes religiosos, se olvida de su confesor, por desgracia, nosotros casi siempre conocemos las causas. Es un error, Magdalena, que cometéis muchas muje-

res. Creéis que por ser complacientes con vuestros novios, los amáis más. No es así, hija mía. Ya sabemos lo que son los hombres. Ellos aman y son egoístas. Conozco bien a César. Aún es más egoísta que la generalidad.

Con voz ahogada, como si se la arrancaran del fondo mismo del alma, Magdalena empezó a hablar y confesó todos sus graves pecados. Amaba. Se aferraba a esta conclusión, considerando tal vez que tenía una disculpa para sus pecados. Amaba mucho, con todo su ser.

— Cuando César vuelva, porque volverá — dijo el sacerdote al final de la confesión —, dile que has venido a verme y lo que has decidido.

— Posiblemente no vuelva nunca más a mí, padre.

— Volverá. César es un egoísta y un apasionado peligroso, pero te ama. Por encima de todo te ama, y no creo que esté dispuesto a perderte.

— Padre, también se puede vivir sin amor.

— ¿Lo dices tú que amas tanto?

— He sufrido.

— No, Magdalena. Ya sé por donde vas. Nunca podrás ser la esposa de Mario Quirós. No es hombre para ti. Ni tú mujer para él.

— ¡Estoy tan cansada, padre!

— De haber sido blanda para César. No vuelvas a serlo. Háblale claro cuando vuelva a ti.

— ¿Y si me deja para siempre?

— Entonces, decididamente, no era hombre que te conviniera. No te quería, Magdalena, tanto como yo pensé.

— Tengo miedo.

— ¿Miedo tú que has sufrido y nadie notó tu sufrimiento? ¿Miedo tú, que sabes que con una sola palabra, César volvería a ti y no la has pronunciado?

— No es valentía, padre. Es dignidad.

— ¿Y qué es la dignidad, sino más que la valentía revestida de personalidad?

— Padre...

— No te desesperes ahora — cortó él suavemente —. No te ahogues en un vaso de agua, si has navegado en mar abierto durante siete años.

Volvió a casa lentamente, creyendo que la confesión la tranquilizaría. Espiritualmente sí, pero no bastante para todo aquel terrible problema material que vivía.

De todos modos, le sirvió para vivir con cierta esperanza.

A los dos meses justos de marchar César, el día de su cumpleaños al llegar a casa su madre le entregó un paquete.

— Le dio varias vueltas entre los dedos sin mirar el remitente.

— ¿Qué es?

— Ha llegado por correo, Magdalena. Es de... César.

El corazón empezó a latirle locamente. ¡De César! Aún se acordaba de ella desde Nueva York... Temblosa lo oprimió entre sus dedos nerviosos.

— Magdalena...

Aquella voz de su madre era un consuelo, pero no el consuelo suficiente para tranquilizarla. La miró suplicante. La dama, que la conocía, supo lo que iba a decir y se le adelantó.

— Sí, ve a tu alcoba, Magdalena, y ábrelo allí...

Ella parpadeó. De un tiempo a aquella parte todo la afectaba, todo la conmovía. Se había convertido en una sensibilera.

— Gracias, mamá.

Y se cerró en su alcoba. Se sentó en el borde de la cama y se quedó mirando el paquete con expresión ausente. ¡César! Ante aquel paquete y el nombre escrito allí, sobre el papel ordinario, evocaba cuántos mo-

mentos había vivido a su lado y un loco temblor la estremecía.

Sus dedos se agitaron al asir las tijeras y cortar aquel cordel. Febrilmente rompió el papel y apareció ante sus ojos una tarjeta.

«Te recuerda, César.» Sólo eso. Cerró los ojos. Dos gruesas lágrimas se deslizaron bajo los párpados y cayeron sobre el celofán que cubría el regalo. Casi sin abrir los labios ni los ojos, abrió aquel celofán y apareció un álbum verde, de cantos de oro, con su nombre impreso en letras inglesas del mismo metal. Lo abrió temblando. Fotografías. Las de ellos. En la tienda, en el auto, paseando por la calle, tumbados en un prado...

Todas aquellas fotografías las hicieron juntos. César preparaba la máquina y luego corría a su lado. Al cabo de unos segundos, la máquina se disparaba sola. Siempre deseó aquellas fotografías, y César jamás se las dio, aduciendo que las conservaba para un álbum. ¿Por qué se las enviaba ahora? ¿Se las devolvía? ¿Quería con ello decir que no deseaba conservar nada de ella? ¿Acaso se había casado con otra mujer?

— Mag...

Era la voz de su madre. Se puso en pie, y despacio, con el álbum apretado en el pecho, salió y miró a sus padres fijamente.

— ¿Qué ocurre, Mag?

Mostró el álbum.

— Me lo envió César.

El padre lo tomó en sus manos, lo miró y se lo pasó a su mujer sin decir palabra.

— Vamos... — susurró al rato —. Vamos a comer...

Agradeció aquella discreción. Sabía que vivían su misma angustia, pero no hacían mención de ella, considerando quizá lo mucho que sufría ya.

* * *

Lo dijo su padre en la mesa. Recibió la noticia como si le aplastaran el rostro, si bien ni un solo vestigio de aquella ansiedad incontenible afloró a su rostro.

—Ha vuelto César...

Así, como si dijera, «vamos a tomar café».

Ella miró a su padre largamente. El caballero sonrió.

—¿Quién te lo dijo?—preguntó su madre.

—Vicente. Llegó anoche...

Nada más. Hablaron de otra cosa. Una vez más hubo de agradecerles su discreción.

Bajó a la tienda. Trabajó todo el día como una sonámbula. A las siete en punto cerró. Se le caía la tienda encima. Tenía que salir, dar un paseo. Hacía un mes que salía todos los días. Empezó a dejar la tienda, porque Mario Quirós se le colaba dentro y hablaba de su cariño hacia ella. Le hastiaba aquella devoción que nunca podría corresponder. No era ella mujer que consolara su amargura con un amor que no sentía. Ni mujer que se casara por no quedarse soltera, ni mujer asimismo que pudiera soportar a un hombre al que no amaba.

Abrochó el abrigo y se lanzó a la calle sin mirar a parte alguna. Se dirigió a la Rosaleda. Empezaba a oscurecer. Febrero, a las siete de la tarde, apenas si tenía luz. Eran las siete y media. La Rosaleda tenía para ella como cierto sabor evocador. El sabor de aquellos años juveniles, cuando aún creía que todo era color de rosa. Cuando se sentía absurdamente orgulloso ante sus amigas y compañeras, presumiendo de novio formal. ¡Qué tiempos aquellos!

Atravesaba ante un café. La calle recta conducía al principio de la avenida. La Rosaleda se hallaba al fon-

do. Ya se veían sus árboles y sus bancos perdidos entre el follaje.

Vio a César. Lo vio allí en la terraza del café, solo, fumando un cigarrillo. Sus ojos se encontraron. Fue un segundo, porque César, inmediatamente, se puso en pie.

Caminó hacia ella. Mag sintió que las piernas le flaqueaban y que todo daba vueltas en derredor, que si César no llegaba pronto junto a ella y ella junto a César, iba a caer desmayada:

Ya estaba allí, a dos pasos.

—Hola, Mag...

—Hola— susurró ella con un hilo de voz.

Un silencio.

Embarazoso, inquieto.

—Llegué ayer.

Lo dijo a lo simple. Ella sonrió. Era una sonrisa vaga, ausente.

—Estás... más guapa.

Lo estaba. Ella lo sabía, pero jamás lo consideró indispensable para atraer a César. César la había querido cuando era una jovencita inexperta. La quiso después, siendo la mujer que él hizo. Era imposible que la quisiera ahora, sólo porque estaba más guapa. Suponiendo, naturalmente, que aún la amara.

—¿A dónde vas?

—Por ahí.

Parecían cortados los dos.

—Por ahí... tendrá un nombre.

—La... Rosaleda.

Tenía unos ojos negros, los mismos ojos de siempre, pero allí, en el fondo de las pupilas, había como una sombra de melancolía que los hacía más grandes y más rasgados.

—Magdalena...

Sólo el nombre suponía una evocación. Al principio,

cuando se conocieron en la plataforma del autobús, él la llamaba así. Le gustaba más su nombre entonces, como si al pronunciarlo César, lo besara. Cuando empezó a besarla a ella, el diminutivo surgió como una caricia buena.

—Tú... estás más delgado.

—Tal vez. Supongo que habrás recibido las fotografías.

—Sí.

—Me dolió desprenderme de ellas, pero no creí que el día de tu cumpleaños desearas nada mejor.

—No.

Plantados los dos, en medio de la calle, parecían indecisos, inquietos ambos.

—Si... si no te molesta, iré contigo a la Rosaleda.

Ella parpadeó. Le hurtaba la mirada. Se diría que tenía miedo a mirarlo y encontrar los ojos fríos de César. Pero no eran fríos. Nunca podrían ser fríos para ella los ojos de César.

Lo comprobó cuando él la asió del brazo. Lo miró un segundo. Vio en las pupilas de César el mismo ardor de siempre, la misma fuerza viril, el mismo deseo...

—Vamos —susurró él—. Vamos...

* * *

Como de mutuo acuerdo fueron al mismo banco.

—Me parece imposible —dijo él, quedamente— que haya pasado tanto tiempo.

—Sí.

—Estás muy callada.

—Te oigo.

—Pero si aún no dije nada, Mag... —Y con ardor, inclinándose hacia ella—: ¿Qué nos pasa, Mag? ¿Qué

nos pasa? ¿Quién de los dos tuvo la culpa de este des-
viamiento?

— Nuestro mutuo orgullo.

— Yo sufro.

— Yo me muero.

— ¡Oh, Mag, Maga!

La joven lo miraba. Entonces sí que lo miraba de
frente, largamente. Él la tomó en sus brazos y como
un hambriento fue acercándose, buscando su boca. La
encontró en seguida. Cálida, suave. La misma boca
apasionada de siempre, que él enseñó a besar, de la-
bios gordezuelos que se perdían golosos, ávidos, bajo
los suyos. Nunca pudo hallar una mujer que besara
como ella. Que sintiera los besos y se estremeciera
junto a él. Nunca, en toda su vida de aventurero, pudo
encontrar una mujer como Magdalena.

— Querida...

— Te amo, — susurró ella, agotada. — Te amo. Sufro,
me muero de pena. Temo no saber comprenderte, que
tú no me comprendas a mí.

— ¡Tontita!

— Tantos meses... Tantos largos meses...

— Fue una prueba. Dura sin duda para los dos.

Se hablaban queda y ahogadamente, de una boca
para la otra, robándose las palabras, sintiendo el calor
ardiente de sus deseos incontenibles.

— Vamos... vamos a la tienda — pidió él de súbito,
con ardiente ansiedad.

Magdalena se estremeció de pies a cabeza. Pero ya
no era de amor ni de deseo. Era de terror. Ella desea-
ba, como él, ir a la tienda. Pero no podía volver a la
tienda con César. Nunca más.

— Vamos, vamos — apremió él poniéndose en pie y
tirando de ella.

Magdalena quedó como desarmada. Parecía una fi-

gura menguada, sentada en el banco, como si la incrustaran allí.

— Mag..., ¿qué te pasa?

Aspiró hondo. Iba a resultar penoso decir aquello, pero tenía que decirlo. Quizá César no lo aguantara. Quizá la dejara allí, sola de nuevo, sin sus benditos besos, sus caricias sofocadas, sus frases consoladoras.

— Magdalena — se agitó él como si presintiera una catástrofe. — ¿Qué te pasa? Di, ¿qué te pasa? Eres la misma y, sin embargo, no lo pareces.

— Siéntate, César.

Ciego, él asió su mano y tiró de ella.

— Vamos a la tienda — insistió ardientemente. — Tengo muchas cosas que decirte. Hace tanto tiempo que no te veo, que no te tomo en mis brazos...

— Siéntate, César. Por favor, cálmate un poco y escúchame...

— ¿Qué vas a decirme? ¿Acaso que has dejado de amarme? Di — se excitó —. ¿Es eso?

Como César tirara de su mano, ella con la que tenía libre cubrió los dedos masculinos.

Con ternura, con ansiedad, susurró:

— Nunca podré dejar de quererte, César.

Era una confesión completa. Para el hombre que la escuchaba, resultó estremecedora, enternecedora. Pero no bastaba. No era él hombre que se conformara tan sólo con la ternura espiritual de una mujer.

— Si no puedes dejar de quererme, demuéstramelo.

— Como tú desees..., no.

La miró espantado.

— ¿Qué dices?

— No volveremos a entrar juntos en la trastienda, César. Eso se acabó.

Se sentó de golpe junto a ella.

— ¿Qué dices?

— Tendrás que conformarte con esto, querido Cé-

sar. Eso se acabó — repitió temblándole la voz —. He ido a confesar...

Se lo refirió todo. Su propósito, el consejo del profesor, su decisión irrevocable. Concluyendo, susurró:

— Y te amo más que nunca, César. He sufrido una agonía durante este tiempo. He recibido las fotos que me enviaste, creyendo que ya no te interesaban. He llorado...

— Has llorado — dijo él quedamente —. Has llorado por mí. Nunca te vi llorar, Mag.

— Ni me verás jamás.

— Y dices que...

— Sí.

— No puede ser, Mag — dijo desesperado —. El amor, cuando se siente, debe manifestarse de alguna manera.

— Estoy a tu lado y jamás podré ser tan feliz como cuando estoy así junto a ti, contemplando las estrellas.

La miró largamente y muy despacio se inclinó hacia ella. La asió por la cintura y le apoyó la cabeza en el respaldo del asiento. La miró nuevamente a los ojos y besó sus labios. Una, dos, mil veces, como si no se saciara jamás.

Sobre su boca dijo:

— Es imposible, Mag, que me sometás a este suplicio.

Ella curvó los labios en una mueca. Un suplicio que él podía subsanar fácilmente, casándose con ella. ¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué?

Iban a cumplirse muy pronto los ocho años de relaciones. Él ya era director de la compañía. Tenía un piso puesto con todo lujo. Era más que suficiente para formar un hogar. Se conocían, se comprendían y se necesitaban. ¿Qué era, pues, lo que le detenía?

Pero no hizo en alta voz tales reflexiones. Nunca forzaría a César. Nunca le obligaría.

Pero él, como obsesionado, murmuró molesto:

— Es que quieres casarte, Mag.

— No voy a decir que no — admitió francamente —. Es el anhelo de toda mujer cuando ama a un hombre.

— Y tú — dijo reprobador — quieres presionarme de ese modo.

— No, César. Aunque vengas con los papeles bajo el brazo y me digas que nos casamos mañana, no iré contigo a la trastienda la víspera de mi boda, aunque lo esté deseando.

Iba en serio por lo visto. ¿Podía él, amándola como la amaba, rebelarse ante aquella irrevocable decisión de mujer? Lógicamente, humanamente, no podía. Pero era hombre. Y el hombre desprovisto de ternura, si podía. Exigía. Le parecía imposible que siendo Magdalena como era, suya totalmente, apasionada y ardiente, se opusiera a algo que exigía su mutuo amor.

— César..., ¿en qué piensas?

Él sacudió la cabeza.

— En nada.

— No quisiera decepcionarte — susurró ella con vocecilla de niña buena.

— Cállate. Vamos a contemplar juntos esta bonita noche.

— César, te quiero.

— Sí, mi vida.

— Quisiera poder complacerte, pero no puedo. Preferiría morir que volver a empezar. Y si me obligas sentiré odio hacia ti.

— No te obligaré, Mag.

Pero no dijo lo que ella esperaba: «Nos casaremos.»

* * *

Se lo notaron en casa. Ella no lo ocultó. Se sentó a la mesa y lo dijo:

— Encontré a César.

Tanto el padre como la madre la miraron fijamente. Ella sonrió. Eran menos melancólicos sus ojos. Más suave la sonrisa de su boca.

— Lo encontré y fuimos juntos hasta la Rosaleda.

— ¿Qué dice César? ¿Qué tal le ha ido?

Nunca un reproche ni una mala palabra para el infiel que jugaba con ella. Los miró con ternura. Por eso tenía que adorarles. Porque no conservaba de ellos ni un mal recuerdo.

— No le pregunté qué tal le había ido — sonrió aturdida —. Nos hemos encontrado en plena calle y nos hemos sentido felices de encontrarnos.

Ni otro comentario. Hablaron de la tienda, de las ventas, del frío que hacía, de muchas otras cosas ajenas a César, pero los tres sabían que el nombre de éste se mantenía latente en la mente de todos.

Cuando Magdalena desayunaba al día siguiente frente a su madre, a las nueve menos cuarto, la dama dijo:

— Tenía ganas de hablar contigo a solas, Mag. Los hombres, aunque sean padres, no siempre pueden escuchar lo que se dicen madre e hija.

La miró intrigada.

— ¿De qué se trata, mamá?

— De vosotros. De ti y César.

— Dime.

— Debierais casaros.

— Yo creo...

— Tú no te casas porque él no lo dice, ¿verdad, Mag?

Era la primera vez que su madre se inmiscuía abiertamente en aquel asunto.

— No soy tan vieja — dijo evasiva.

— Cuando se empieza a cortejar tan pronto, a los

veinticuatro años, que son los que tú tienes ahora, una se considera anciana. ¿No es así, Mag?

Lo era. Pero no pensaba admitirlo.

—No tanto.

—No hay nada que impida vuestra boda.

—Somos felices así.

No le hizo caso. Insistió.

—¿Por qué César tiene esa fobia al matrimonio?

—Sus padres no fueron felices.

—Eso es absurdo, Mag. Los padres pueden ser muy desgraciados, y muy felices sus hijos. No considero ésa una razón.

—Lo digo yo. Tal vez no existe.

—Háblale. Dile...

Se puso en pie. Eran las nueve. La dependienta la esperaría ya en la puerta.

—No lo haré, mamá. No presionaré a César jamás sobre el particular. Nunca le hablé francamente de matrimonio. No soy yo quien tiene que decidirlo, sino él.

—Pero eres su novia.

—Me gusta ser su novia, mamá. Te lo aseguro.

La dama suspiró. No era nada fácil convencer a las chicas modernas.

CAPÍTULO III

Presintió la lucha y no se equivocó.

César llegó a las siete menos diez a la tienda, serio y circunspecto, tal vez un poco distante.

Ella despachaba a un cliente en aquel instante. La dependienta colocaba las cajas en los estantes.

Le sonrió al verlo llegar y le hizo una seña hacia la trastienda.

El entró allí y lo miró todo con ansiedad. Cada rincón, cada objeto, cada detalle fue evocado uno por uno con intensidad durante su viaje, durante sus noches y sus días y sus horas libres y de trabajo.

Magdalena no podía hacerle eso. Magdalena tenía que comprender.

Encendió un cigarrillo y fumó aprisa, nervioso. Oyó que la cliente se iba, que la dependienta se despedía.

— César, ¿puedes bajar las persianas?

Salió rápidamente. Hizo lo que le mandaban y se la quedó mirando. Mag vestía un modelo de fina lana de color azul marino. Llevaba un pañuelo rojo atado a la garganta y el cabello lo peinaba hacia atrás, como siempre. Sus negros ojos resultaban más grandes, levemente maquillados.

— Baja también la persiana de la puerta — pidió ella levemente —. Me pondré el abrigo en un segundo y saldremos a dar una vuelta.

El, malhumorado, fue hacia la puerta. Mario Quirós pasaba en aquel instante mirando hacia allí. Se volvió hacia Mag con violencia.

— ¿Qué hace ése por ahí?

— ¿Quién? — Ella no lo había visto —. ¿Quién?

— El viajante.

— ¡Ah!

— ¿Viene mucho por aquí?

Ya estaba a su lado junto al mostrador.

— No.

— ¿Viene?

— ¡César!

— Iba a entrar. Venía dispuesto a entrar, pero cuando me vio a mí dio la vuelta.

— Cálmate. Vamos a dar un paseo.

— No quiero. Dime...

— César, nos vimos ayer después de varios meses. ¿Vas a empezar otra vez?

— Me desquicia ese tipo — se inclinó hacia el mostrador. Se la quedó mirando con ansiedad —: ¿Te ha besado? Di, ¿te ha besado?

— ¡¡César!!

— Di, ¿te ha besado?

Parecía enloquecido de repente. Ella lo miró con ternura.

— A mí sólo puede besarme un hombre, César, y bien lo sabes tú. No te pongas así, cariño.

— Di...

— Pero...

La asió por las manos y la atrajo un poco hacia su pecho.

— Magdalena — susurró con ardor —. Tú no sabes lo que me pasa. Tantos meses sin verte... El solo pensamiento de que ese memo haya tocado lo que es mío... me vuelve loco.

— No me ofendas.

— Perdóname. — Suplicante aún —. No puedo remediar ser así.

Inocentemente, ella se oprimió contra él. César aspiró hondo. Fue a besarla en la boca, pero ella puso la mano en medio de los dos rostros.

— Nos verán, querido.

Su voz era como un suspiro. César perdió un poco los estribos. Tiró de ella y la empujó hacia la trastienda. Mag se espantó.

— No..., no, César. Ya te dije...

— Pero, querida.

— No.

La soltó como si quemara. Parecía enloquecido.

Ella, apoyada en el marco de la puerta, suplicó:

— Vamos, César. Salgamos a dar un paseo.

— Ya no me quieres, Mag.

— ¡Oh, sí, no me digas eso! Te amo más que a mi vida. Yo nunca podré dejar de quererte, César, amor

mío. Pe
no nos
laría d
saleda.

Césa
mano y
pared.
que las
ciarla.
cesidad
ron un
cuello
hasta
seducto
dora. I
ansieda
ba sus
minuto
frases
fallecia
su luch
violenc
dad, tr
al cabe
gada,

— V

— E

— T

— D

pasa?

de que

res? —

piensa

— M

que no

mío. Pero... — estuvo a punto de decir, «pero mientras no nos casemos». No lo dijo. ¿Para qué? César se burlaría de ella. Angustiada, suplicó —: Vamos a la Rosaleda.

César, mudamente, apasionadamente, la asió por una mano y la apretó en su pecho. La presionó sobre la pared. No obligaba, pero conocía a Magdalena, y sabía que las caricias la entontecían. Empezó, pues, a acariciarla. No se daba cuenta de que lo hacía ya por necesidad personal, no por vencer su resistencia. Perdieron un poco los dos el sentido. Ella se colgó de su cuello y le ofreció la boca. Se besaron como si jamás hasta entonces lo hubiesen hecho. Con loco frenesí, seductora ella, dentro de aquella femineidad conmovedora. Loco de ardor él, que mantuvo el dique de sus ansiedades masculinas cerrado durante meses, y soltaba sus aguas en aquel instante. Transcurrieron varios minutos sin que se oyeran en la trastienda más que frases entrecortadas. Se diría que de súbito los dos fallecían en aquel instante. Pero de pronto ella recuperó su lucidez, lo apartó de sí. Como un loco, César, sin violencia, porque no la sentía, pero sí con febril ansiedad, trató de retenerla. Mag, temblorosa, llevó la mano al cabello y lo alisó maquinalmente. Su voz sonó ahogada, sin matices:

— Vamos, César...

— Escucha, Magdalena.

— Te lo ruego. Si me amas...

— Dios de los Cielos, ¿es que no lo sabes? ¿Qué te pasa? Di. Antes no eras así. ¿No te has dado cuenta de que te amo, de que no puedo vivir sin ti? ¿Qué quieres? — gritó excitado —. Que me case. ¿Es así como piensas presionarme?

— No digas eso, César. Me estás ofendiendo desde que nos vimos nuevamente.

* * *

Salió hacia la tienda. Él la siguió. De pronto, hundiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, se la quedó mirando en la puerta de la trastienda. Desde allí la veía de pie, cerca de él, bonita, femenina, más atractiva que nunca. Hasta aquel brillo apagado de sus ojos producía en él un loco deseo. Pero se contuvo. Se dio cuenta de que, por lo que fuera, Magdalena había cambiado. ¿Falta de amor? Y si era así, ¿por qué la sintió estremecerse en su cuerpo minutos antes? ¿Por qué temblaban sus labios bajo los suyos? ¿Acaso Mario Quirós influía en aquella inesperada decisión de Mag?

Este solo pensamiento lo agitó de pies a cabeza. Se dejó caer en una silla sin quitar las manos de los bolsillos del pantalón y se le quedó mirando fijamente.

— Nos hemos necesitado los dos, Mag.

— Sí, César, querido César, pero...

— Me sigues necesitando.

Ella gritó, perdiendo un poco el dominio sobre sí misma.

— Y te sigo necesitando, sí. Pero nunca más, ¿me oyes? Nunca más. He confesado todos mis pecados. No voy a culparte de ellos, porque tampoco pretendí hacerlo delante de mi confesor. Pero los evitaré a toda costa en el futuro, te parezca bien o mal. Tampoco creas que lo hago por presionarte, ni porque termine de una vez con tu desordenado modo de vivir y te cases conmigo. Si he de ser sincera, ya tengo miedo hasta de ser tu esposa, porque quizá después me hagas sufrir tanto o más que me estás haciendo ahora. Pero es mi deber, y aun por encima del deber está mi cariño. Te amo, sí, y bien lo sabes. Ojalá no te amara tanto y pudiera casarme con Mario Quirós. Sí, sí — gritó enardecida. Él jamás la vio de aquella manera —. Me

lo ha pedido. Tal vez sospechó el grado de intimidad a que habían llegado nuestras relaciones, porque me dijo, que aun sabiendo que tuviese un hijo tuyo, se casaría conmigo si yo lo aceptaba.

— Cállate.

— Eso dijo. Y siento no poder amarlo. ¿Me oyes? Lo siento... — sorbió las lágrimas. César fue poniéndose poco a poco en pie. Jamás había visto llorar a Mag y verla en aquel instante le producía una extraña sensación de culpabilidad —. Quisiera dejar de amarte — siguió la joven desesperadamente, sin contener el llanto, apretándose las sienes con ambas manos, como si enloqueciera de repente —. Quisiera poder ser la esposa de otro hombre. Estoy segura de que Mario me haría feliz. Pero no puedo... ¡No puedo! — gritó agónicamente —. ¡Oh, si pudiera!

— ¡Magdalena!

— Y no pienses — siguió ella, haciendo caso omiso de su exclamación — que deseo casarme contigo. A veces pienso que lo temo. Tú no te ves a ti mismo. Pero yo sí te veo. Estás cargado de defectos. Eres egoísta, utilitario. No piensas más que en ti mismo. Ni amas a tu padre, ni te duele mi dolor ni la angustia de mis padres. Ni esta lucha interior que yo sostengo conmigo misma. Ni sabes lo que significa la bondad ni te das cuenta del horror que lleva en sí el pecado.

César, asombradísimo, la miraba como si no la reconociera. ¿Tan ruin era él? ¿Tanto daño le había hecho?

Se miró a sí mismo y tambaleante fue hacia la puerta. Ella, de un salto, se interpuso entre la puerta y él.

— Si te vas ahora como te fuiste otras veces, si no vuelves mañana, no respondo de mí. Ten cuidado, César. Mi paciencia toca a su fin. Jamás mujer alguna ha sufrido tanto en ocho años. Jamás un noviazgo fue tan agotador y tan cruel como el mío. Pero si te vas aho-

ra... como tantas veces te fuiste para gozar con otras mujeres, poniendo de pretexto futilidades humanas... no sé lo que haré.

— Ya veo — dijo con calma, pero sin dejar de mirar el rostro bañado en llanto — que soy un monstruo, Mag. Puedo asegurarte que jamás hasta hoy me vi así... Necesito meditar. No me voy enfadado. Sé que contigo sólo cabe una cosa: el matrimonio. Cierto — gritó súbitamente alterado —. Le tengo miedo. Debí sufrir mucho oyendo a mis padres discutir, porque desde muy niño sentí una loca desesperación cuando hablaban de que alguien iba a casarse. Muchas veces me detengo a pensar y me encuentro como un náufrago en medio de un mar desconocido y bravío. Puede que te cause risa.

— No me la causa, César — dijo ella calladamente.

Por toda respuesta, César alargó la mano y pasó sus dedos por los párpados húmedos.

— Estás llorando, Mag. Por primera vez te veo llorar.

— Creo que si no lo hiciera me moriría.

— Puede que te la cause — insistió monótono —, pero no puedo remediarlo. No me digas que te vas a casar con Mario Quirós. Se me agita todo cuanto de sereno hay en mí, y sólo a tu lado, amorosamente, dejo de ser un hombre ecuánime. Cierto también que tengo muchos defectos, pero nunca pensé que fueran tantos...

— César...

— Sé que voy a parecerte cruel una vez más — siguió quedamente, con ronco acento —. Pero lo cierto es que no me voy a casar contigo mientras no lo necesite perentoriamente. Tal vez tú te canses de esperarme. Quizá venga aquí a angustiarte nuevamente, pero es algo que no puedo remediar.

— ¿No... vas a volver?

— No.

— César.

La miró de frente.

— No voy a volver, a menos que lo necesite tanto como la vida.

— Y me haces eso después de ocho años.

— ¿Quieres que me case contigo y te haga una infeliz?

— ¡Dios mío!

— ¿Quieres que me case contigo y te busque sólo para mis necesidades sexuales? ¿Quieres seguir siendo infeliz? ¿Quieres morirte de pena en mi piso? ¿Quieres que te deje por mis amigos, mis tertulias, mis libertades?

— ¿Y me dices eso... ahora?

Era como un grito agónico. César sintió que se le retorcían las entrañas. ¿Pero qué más podía hacer él si en aquellos instantes no sentía nada? ¿Qué podía ofrecerle? ¿La amaba realmente? Sí, y sin embargo... ¿qué le pasaba? ¿Qué condenación se agitaba dentro de sí?

Dio un paso hacia la puerta. Ella fue a correr tras él, pero de pronto se detuvo como si la clavaran en el suelo.

— Si yo — dijo cuando César se disponía a abrir la puerta — te recibo en la trastienda, hubieses seguido indefinidamente a mi lado, burlándote de mí unas veces, cansándote de mis súplicas otras, huyendo con tus amigos las más. ¿Verdad que sí, César?

Inesperadamente, César se volvió en la misma puerta y la miró con desesperación.

— Has llorado, Mag, y eso me hace pensar que, en efecto, te estaba matando. No, te equivocas. No quiero la trastienda ni tu amargura, ni tu generosidad femenina. Ya no quiero eso. Necesito reflexionar. Saber si, en efecto, soy tan ruin como tú dices, tan egoísta y tan canalla como tus lágrimas me hicieron ver. Necesito, Mag, una agonía moral como la tuya, y entonces quizá... sepa lo mucho que te necesito.

— 113

— César... no sé qué decirte.

— No me digas nada. Cada vez que me hieres... siento la sensación de que me apuñalan.

— No quiero herirte.

— Pero me hieres como yo a ti. Y eso es lo que debemos evitar. Vale más la agonía de este sufrimiento que la muerte de un amor que ya no puede surgir.

— En ti.

— Y en ti, aunque no lo creas. Tienes la obsesión de Mario Quirós... Recíbele. Intenta amarlo. Yo te aseguro que si te necesito como creo necesitarte, vendré a ti, mataré a ese hombre y te llevaré al fin del mundo. Y te juro asimismo que si un día me caso contigo... jamás te faltaré.

Ya no se detuvo más. Se perdió en la calle y avanzó por ella como un borracho.

Mag quedó con la frente pegada al cristal, muda, estática, como si la golpearan.

* * *

Era la primera vez que llegaba temprano a casa. Encontró a su padre sentado ante el televisor.

Se hundió en un sillón frente a él y con mano temblorosa encendió un pitillo.

— A ti te ocurre algo — dijo el padre pensativo —. ¿De qué se trata, muchacho? Ya sé que has visto a Magdalena.

Por toda respuesta, César alzó la cabeza, miró a su padre de frente y preguntó:

— ¿Qué pasó con mi madre?

Don Vicente abrió mucho los ojos.

— ¿Qué tiene que ver tu madre con todo esto?

114 —

Hizo un gesto vago. Con desaliento impropio de él, manifestó:

— Eso me pregunto yo.

— No te comprendo, muchacho.

— La amo. Estoy seguro — dijo como para sí —. La amo. Verla llorar fue como si me arrancaran de cuajo cuanto hay dentro de mí. Pero, ¿por qué? ¿Por qué me horroriza el matrimonio? ¿Qué fue lo que yo vi en vosotros, papá, para que sienta este miedo subconsciente que me contiene, que me amarra, que me obliga a aparecer delante de ella como un malvado? Ocho años... Nunca pensé que la hiciera sufrir así durante ese tiempo. Y lo hice. Lo he visto esta noche. ¿Por qué soy yo así? ¿Por qué he de ser tan equilibrado en mis asuntos personales, en el trabajo, y ser con ella tan ruín, tan loco, tan inconstante? ¿Por qué?

— César, hijo mío...

— ¿Por qué, papá? ¿Qué habéis hecho de mí vosotros dos? Tú por no comprenderla, ella por exaltarse...

— Escucha, muchacho. Yo nunca creí que recordaras a tu madre. Murió siendo tú muy niño.

— Pues, la recuerdo. Es una imagen que vaga por mi cerebro como el microbio en una herida infecciosa. Es algo que nunca pude desterrar de mí. No me di cuenta hasta ahora que me llegó el momento de casarme y siento miedo. Miedo de aquella angustia que veía en ti, miedo de aquellos silencios largos, amenazadores. De aquellos gritos agudos y destemplados. Miedo a sentir en mi hogar la agonía que tú sentiste en el tuyo.

Don Vicente había ido poniéndose en pie lentamente, hasta quedar erguido ante su hijo. Le puso una mano temblona en la espalda.

— Nunca pensé... nunca, hijo mío. Jamás mencionaste a tu madre. Te vi varias veces contemplando absorto su retrato, pero lo consideré el acto normal

de un hijo hacia el recuerdo de una madre que no conoció.

César no dijo nada. Lanzó el cigarrillo en el cenicero y encendió otro. La llama del mechero, sostenido éste por su mano, oscilaba temblorosa.

— Escucha, muchacho. Puesto que llega el momento, te diré algo que quizá aleje de tu mente esa obsesión. Tu madre era una enferma. Una neurótica. Tenía esa enfermedad, como tú puedes tener una verruga o yo un lunar. Por eso tuve tanta paciencia con ella. Por eso nunca me quejé. Lo de tu madre, hijo mío, no era un defecto, era una desgracia. Debiste hablarme antes de todo esto.

Lo miró anhelante.

— Una enfermedad. ¿No trataste de curarla?

— Oh, sí. Soy abogado. Hubiera llegado a ser un buen abogado. Y nunca pude salir del bufete de otro, de una compañía aseguradora, del anonimato, en una palabra, porque jamás pude disponer de capital suficiente para emanciparme. Gasté todo lo que gané en médicos. Y cuando tu madre murió, necesité años para desempeñarme.

— Nunca me has dicho eso.

— Nunca tuve ocasión. Quise que guardaras de tu madre un recuerdo más bien vago. Jamás pensé que lo guardaras tan malo. Magdalena, hijo mío, te soportó mucho. Magdalena es una mujer completa, y siento que no acabes de comprenderlo así. No tiene lunares ni verrugas. Una mujer que te toleró tanto; no teniendo obligación alguna a tolerarte, ¿Qué no te tolerará de casada?

— No quiero que me tolere — dijo poniéndose en pie —. Quiero que me ame.

Salíó. Dejó al padre desconcertado.

* * *

Llegó a casa pálida como una muerta. Los padres se precipitaron hacia ella.

— Mag...

— Hija mía...

Los miró como si no los reconociera. Como un autó-mata fue a sentarse frente a la mesa. Apoyó los codos en el tablero. Ya no podía doblegarse por más tiempo. Ocho años y pico dominándose, ocultando sus pesares, sufriendo sola aquellas agonías, era demasiado.

— Mag...

— Hija mía, ¿qué te ocurre?

Los miró. En sus bellos ojos temblaba una lágrima.

— Lo... lo... hemos dejado para siempre — dijo con un hilo de voz —. César... no me ama.

— ¿Qué dices? — gritó el padre loco de dolor —. ¿Qué dices, hija mía?

— No me ama — repitió ella como si no supiera decir nada más —. No me ama...

— Después de ocho años... No es posible, hija mía.

— Sí, mamá. Lo ha dicho hace un instante. No lo ha dicho — rectificó dolorosamente —. Quiso decirlo. O quizá... — ocultó el rostro entre las manos — o quizá... no lo sabe ni él mismo. Pero lo cierto, lo doloroso, es que no me ama.

— Esto hay que arreglarlo, Magdalena. Hay que decirle a ese muchacho...

— No, papá. No se puede obligar a un hombre a hacer feliz a una mujer, si no siente la misma felicidad. No sería yo mujer... que creo que soy, si os indujera a vosotros a arreglar algo que yo sola no puedo hacer. No sería razonable ni humano.

— Te equivocas, Mag. Sería muy humano.

— No quiero esa humanidad, papá. — Se puso en pie.

Su rostro parecía demudado —. Voy a la cama. Creo que necesito descansar.

— Mag — susurró la madre —. Yo iré a ver a César. Los contempló con ternura.

— No te lo perdonaría nunca, mamá. Ten eso presente.

Sonó el timbre en aquel instante.

— No contestes — pidió el caballero sin dejar de mirar a su hija, pero dirigiéndose a su esposa —. No estamos para visitas.

— No sé quién puede ser a estas horas.

— No abras. Ya se cansarán.

El visitante no se cansaba, porque pulsó nuevamente el timbre, esta vez insistentemente.

— Tendré que abrir, Antonio.

— Yo iré — decidió el caballero —. Despediré a quien sea en la puerta.

Salió del salón y atravesó el pasillo. Se oyó el chirriar de la puerta y en seguida una sorda exclamación:

— ¡César!

En el saloncito, Mag se apoyó en la pared. Miró desolada ante sí. ¿Es que no se conformaba con haberla destruido a ella, que venía a destruir a sus padres?

César estaba allí, mirando a un lado y a otro con ansiedad. La encontró en seguida, acurrucada en la pared, menguada, deshecha.

Los padres los miraron asombrados. Don Antonio, desde el umbral; doña Lucía, frente a la joven.

César no los vio siquiera. Fue hacia Mag.

— Mag — susurró —. ¡Oh, Mag!

¿Explicaciones? No las hubo. Fueron uno hacia el otro con los brazos abiertos, como si fuera su abrazo la única razón de vivir. Los padres, silenciosamente, tras de cruzar una mirada, salieron uno tras otro y cerraron la puerta.

— Mag, Mag... he creído volverme loco. Vamos a casarnos, ¿sabes? A casarnos en seguida.

— Pero...

— A casarnos. Mañana, pasado, lo antes posible, Mag. Dios de los Cielos — la besaba una y otra vez como enloquecido, como si perdiera toda la razón, enajenado, apasionado —. No me explico cómo pude aguantar tanto tiempo sin tenerte a mi lado constantemente. He sido un loco, un estúpido, un...

Ella reía y lloraba a la vez, y sentía en la boca el sabor de los pesos dulzones de César y sus propias lágrimas. Él le enmarcó el rostro con las manos.

— Mag, Mag, mi vida, amor mío... — susurraba intensamente —. Muñeca mía. Pequeña apasionada... Te amo, te necesito. Yo no sé lo que me pasó esta tarde. Fueron tus lágrimas, Mag... También ahora estás llorando.

Lloraba, sí, aferrada a él, ansiosamente, como si de pronto le diera un ataque de llanto...

* * *

Se oyó el llavín en la cerradura.

— ¿Dónde estás, pequeña?

La figura gentil, bonitísima, surgió de las sombras. Se colgó de su cuello. Él la levantó en vilo.

Se buscaron sus bocas. Era lo de todos los días. ¡Las siete en punto! Ya no existía tienda, ni trastienda, ni Rosaleda. Era un hogar. Un hogar para los dos solos, maravillosamente apasionado, un poco loco, porque cuando él llegaba se olvidaba de la comida, el servicio, el hogar mismo.

— Has tardado un poco — le reprochó mimosa aquel día.

— Una reunión. Pero, oye... una reunión, ¿eh?

— ¿Debo creerte?

— Demonio, si no me crees tendré que ir a buscar a los que me acompañaron.

— ¿Amigos o jefes?

— Jefes, Mag, y no me tomes el pelo. Hace justamente un mes que nos hemos casado, quince días que regresamos de nuestro vaje de bodas, y ya calculas los minutos de mi vida.

— Es que te necesito en la mía, César. Tú lo sabes.

La miraba embobado. ¿Era peor? ¡Oh, no! Era mejor. Infinitamente mejor que la chica de la tienda y la trastienda. Aquella era su mujer, sin reservas, sin caprichos, porque no le daba motivos para los celos. Le consagraba su vida, como ella se la consagraba a él. Ni amigos, ni amistades dudosas, ni tertulis de café. Sólo hogar, amor, apasionamiento.

Era maravillosa. Seductorá. Siempre seductora, entregada, juguetona.

La apretaba en sus brazos y la llevaba a la intimidad del salón.

— César...

— Dime, amor mío...

— Si me faltas, me moriré.

— Eres demasiado preciosa para mí, pequeña bruja, para permitir que te mueras. Tendrás que vivir siempre, Mag, amor mío, y si tu te mueres y yo me muero, en el otro mundo continuaremos nuestro idilio.

Se le quedaba mirando embobada, acurrucada en sus brazos, como una pequeña cosa. Pero él sabía que aquella pequeña cosa era toda su vida.

* * *

—Tengo un mes de vacaciones. Elije, monada.

—Pues, no sé.

Hacía un año que estaban casados. Empezaba un verano caluroso.

—¿Costa Brava?

—No.

—¿San Sebastián?

—No.

—¿Galicia?

—No.

—Mag, que me estás resultando muy exigente.

—Gijón. He oído hablar de Gijón. Una ciudad pequeña, bonita, esencialmente veraniega.

—Gijón, pues. Pero, dime—la tomó en sus brazos, encontró su boca, sobre ella susurró—: Hace un año y pico que nos hemos casado. Dime, mi vida, ¿tienes queja de mí?

—¡Oh, no!

—Ni amigos, ni reuniones, ni partidas de póker.

—Sólo fútbol.

—Y eso contigo, condenada acaparadora.

—También... también tengo que decirte algo.

—¿Algo?

—Sí.

—Lo sé.

—¿Cómo?

Jugaba con sus labios. Era un disparo de palabras muy propio de ellos.

—Me lo dijo tu madre. Fui a verles esta mañana, y creyendo que tú ya me lo habías dicho...

—¡La mato!

—Bobita. ¿Sabes cómo vamos a ponerle si es mujer?

—Magdalena.

—La acurrucó en sus brazos.

—No, mi vida. Vamos a ponerle el nombre de una

persona que fue muy desgraciada y que obsesionó mi vida de niño, de muchacho y de hombre.

— Ana María...

— Sí. Como mi madre.

Le rodeó el cuello con sus brazos y dijo bajísimo:

— Perdona, amor mío, que no me haya dado cuenta antes. Si es niño se llamará como tú. Si es niña, como tu madre.

EPÍLOGO

Dos días después de entregarle Magdalena el manuscrito, César llamó por teléfono. Para entonces, yo le conocía bien. Habíamos pasado tardes con mis hijos en una finca perteneciente a un amigo de César, y me hice cargo de lo mucho que César amaba a Magdalena y lo intensamente que ésta le correspondía.

Me citaron en una pérgola del muro a las seis de la tarde.

— Ven sin tus hijos — dijo la voz de Magdalena desde el otro lado del hilo —. Cuando hayamos cambiado impresiones y convenzas a César de que apenas si te dije nada con respecto a sus pensamientos, iremos los tres a buscar a tus hijos y los llevaremos a las ferias.

— De acuerdo.

A las seis menos cinco me dirigí al Muro en el auto. Pensé que tal vez César, considerándome exagerada con respecto a él, se opusiera a la publicación de la novela. Sería una lástima. El asunto me interesó desde un principio. Además, a través de todo lo que me refirió Mag,

creí ver a César y retratarlo fielmente. Él tenía la última palabra en aquel asunto.

Me esperaban ya. César salió a mi encuentro rápidamente, sonriendo con burla. Era un tipo cachazudo, de aspecto deportivo, sonrisa abierta y mirada socarrona. Me estrechó la mano y me dijo quedamente:

— Adivinas por necesidad, o tienes algún pacto con el demonio.

— Sicología — reí yo en el mismo tono burlón.

— ¿Qué conspiráis? — preguntó Mag, intrigada — Apuesto a que te dice que exageraste.

Me senté frente a ellos. Durante un rato permanecimos los tres silenciosos. César nos dio cigarrillos.

— Bien — empecé yo —. ¿Qué pasa? ¿Puedo o no puedo publicarla? ¿He sido exagerada, César, o fiel al retrato que me hizo tu mujer?

César, al parecer, no estaba muy dispuesto a admitir todo lo que yo dije de él en el manuscrito. Pero era un hombre honrado y no debió considerar justo rebelarse contra algo que era humano y verdadero.

— Lo que no me explico, Corín — dijo pensativo —, es cómo fuiste capaz de adivinar que yo iba hasta la tienda de ropas para niños, cuando durante días interminables estaba enfadado con Mag.

— ¿Ibas o no ibas?

Miró a Mag con adoración y extendió la mano por encima de la mesa, buscando sus dedos. Ella, impulsiva, salió al encuentro de aquellos dedos y los enlazó con los de su marido. Hubo otro silencio.

— Iba — confesó —. Iba. Y el tal Mario Quirós me revolvió las entrañas y hasta los intestinos. Era un tipo a quien hubiera suprimido del mundo de los vivos de muy buena gana.

— Yo no te dije que Mario Quirós me hiciera el amor, Corín — protestó de súbito Magdalena.

— Pero te lo hizo, ¿no es así?

— Por supuesto. Pero yo...

— No me lo dijiste. Hay cosas que no hace falta decírlas. Por favor, sed francos. ¿Exageré o fui fiel?

— Eso es lo asombroso — gruñó César —, que con respecto a mí lo has sido totalmente.

— ¿Fiel?

— Desde luego. Sólo te faltó que adivinaras que aquel día, cuando le pregunté a mi padre por mi madre, en principio papá se enfureció.

— ¿Por qué?

— Nunca lo supe. Tal vez algún día se lo pregunte.

— No creo que sea preciso — saltó Magdalena sonriente —. Es fácil de adivinar. A tu padre le molestó que le hicieras recordar algo que fue como una pesadilla en su vida. Le molestó en gran manera que su pesadilla fuera también una obsesión para ti.

— Puede que sí. Hay otra cosa que no dijiste, Corín — rió César, burlón —. Aquella noche, tras tener la conversación con mi padre, me dirigí al confesor de Mag.

Las dos, tanto Mag como yo, lo miramos interesadas.

— ¿Cómo? — exclamó Mag, asombrada —. ¿Por qué?

— Porque yo también necesitaba hacer confesión de todas mis grandes culpas. No ignoraba que tu confesor eran don Demetrio. Al principio de nuestras relaciones, yo te esperaba sentado en el banco del pórtico cuando tú, los primeros viernes de mes ibas a confesar. Y muchas veces confesé yo también con él.

— ¡Ah! — Y luego con ansiedad —. ¿Qué te dijo?

— Me llamó cretino integral.

Las dos nos echamos a reír.

César dio algunas vueltas entre sus dedos al cigarrillo que fumaba.

— También me dijo que era un soberano idiota. Pero no me pidió que volviera a tu lado. Al contrario, me pidió que me alejara de ti. Fue como si me rompieran la

crisma y me dejaran el pecho sin corazón. Al salir a la calle y sentir en mi rostro la brisa de la noche, miré a lo alto y creí verte allí, Mag, amor mío, en la sombra, oculta para llorar.

— ¡César, cariño!

— Ahí estuviste acertada — me dijo —. Las lágrimas de Mag me impresionaron como nada me impresionó en la vida. Y os juro que ni por lo más remoto hubiera pensado que hacía sufrir a Mag, como en realidad vi aquella noche que lo hacía.

— He llorado mucho, César.

La miró con adoración. Súbitamente llevó los dedos femeninos a la boca. Los besó uno por uno.

Yo protesté.

— Que no estáis solos, caramba.

Los dos se echaron a reír.

— Otra cosa hay que me intriga, Corín. ¿Quién te dijo a ti que yo, cuando me enfadaba con Mag, no podía vivir de inquietud?

— Saltaba a la vista a través del relato de tu esposa.

— ¿Tan fiel fuiste, Mag? — preguntó él quedamente.

— De no disponerme a ser sincera, nada le hubiese contado.

— Concretando — apremié yo —, ¿Puedo enviar el original para ser publicado?

— Nadie nos conoce — adujo Mag mirando a su marido —. No es fácil que identifiquen a esos dos locos con nosotros.

— Hay otra cosa en la que no acertaste. Y ésta no me explico cómo no te la dijo Mag. La tienda se traspasó. La madre de Mag no quiso hacerse cargo de ella.

— Es verdad — saltó Mag —. Al final, pensando sólo en nuestro amor, me olvidé de ese detalle. La traspasamos y compramos una casita en las afueras del pueblo. Allí pasamos César y yo todos los fines de semana.

También me olvidé de un detalle. Vicente vivo con nosotros. No de muy buena gana, porque dice que somos una pareja muy empalagosa. Pero a mí me quiere mucho, y le he suplicado en todos los tonos que dejara su hogar solitario y viniera a vivir a nuestro lado.

— Y otra cosa — rió César —. Todos los jueves me veo sometido al suplicio de comer con mis suegros.

— ¡César, cariño, no seas así!

— Son muy buenos — gruñó César —, pero son suegros. Por algo tienen mala fama los suegros.

Días después, César y Mag se fueron. Mis hijos y yo les acompañamos al tren. Al despedirse, César me abrazó.

— Sabía cosas de ti por Mag. Pero eres muy distinta a como ella te retrató.

— Cuando Mag y yo nos conocimos y fuimos amigas, éramos demasiado niñas. He madurado, César. Tengo demasiadas ocupaciones y dos hijos...

— Cuando nazca el nuestro te lo diremos inmediatamente.

— Tal vez no haya enviado aún la novela. Si es así, añadiré un corto epílogo.

Algún tiempo después, y cuando ya me disponía a enviar el original a la imprenta, recibí una carta de Magdalena, escrita en los siguientes términos:

«Querida Corín: Ha nacido nuestro primer hijo. Es una niña. Le hemos puesto Ana María, como la madre de César.

Somos muy felices. Es indudable que César se olvidó definitivamente de sus amigos, de sus tertulias. Incluso del fútbol, pues este invierno, con eso de que yo estaba embarazada y me molestaba el griterío, se abstuvo de ir por no dejarme sola. Hemos cambiado de autó. Tenemos un «Ondine» azul marino, y en él nos vamos todos los sábados

al mediodía a la casita que adquirimos con el traspaso de la tienda de ropas para niños.

Somos felicísimos, querida amiga. A veces me pellizco para cerciorarme de que estoy despierta. César se ríe de mí y me toma en sus brazos y empieza a besarme de ese modo... como si me robara la vida y todo mi ser. Son maravillosos los besos de César. Nuestra vida es ahora como una de tus novelas, sin amarguras, sin problemas, sencilla si quieres, vulgar si te parece, pero estremecedoramente emocional y maravillosa.

Publica la novela y añade si puedes esta carta. Quiero que el lector se convenza que cuando se ama de veras, se saltan todos los obstáculos, pero... que no me imiten. ¡He sufrido tanto! El otro día tuve una conversación con César. Nos hallábamos los dos en el saloncito, frente a la chimenea encendida. César me miraba insistentemente. Yo, intrigada, pregunté:

— ¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

— Porque me parece imposible que hayamos sufrido los dos de este modo. Todos los días me pregunto: ¿Qué ocurrió entre nosotros para que no nos comprendiéramos verdaderamente hasta que nos casamos?

— Te lo diré.

— ¿Es que lo sabes?

— Lo intuyó en mí misma y en tu actitud anterior. Los dos vivíamos en pecado y esto iba en contra de nuestras creencias.

Dudó un segundo. Se sentó junto a mí y me tomó en sus brazos. Yo apoyé la cabeza en el respaldo y me quedé mirándolo largamente. Sé que me besó. Que cerré los ojos para saborear mejor aquel contacto brujo de mi marido. Le amo, Corín. Es algo... que entró en mí a los dieciséis años

—¿Crees que fue eso?— preguntó quedamente, sobre mi boca.

—Sí. Y ten la plena certidumbre de que no permitiré a mi hija ponerse en relaciones con un hombre, a los diecisiete años, cuando aún no se conoce la vida y el peligro.

—Pero yo me casé contigo.

—¿Y si no lo hubieras hecho? ¿Cuántos en tu lugar no lo harán?

—Es cierto eso. Hay que amar de veras.

—¿Lo ves? Lo reconoces tú mismo.

Rió sobre mis labios.

Cierto. Pienso que lo nuestro fue una excepción en la regla. Hemos sufrido y nos hemos querido. ¿Cuántos hay que sufren tan sólo? ¿Cuántas historias podrías relatar tú, absolutamente reales, si dieras una vuelta por el mundo y preguntaras a tantas mujeres desesperadas que rumian su dolor en la soledad?

Un abrazo, amiga mía. Y hasta pronto. Espero que el año próximo podamos volver a Gijón.

Tu amiga que no te olvida,

Mag.»

* * *

Escrito esto, envió la novela. Espero que Mag y César, cuando la lean, recuerden su decisión de no permitir que su hija Ana María comience sus relaciones a tan temprana edad, tan dolorosas y escabrosas como las de ellos. Yo me tomo el ejemplo para la mía. Que muchas otras jovencitas hagan igual, y piensen que antes de amar hay que saber a quién, cuánto y cómo se ama.

F I N

amen-

de no

con

n no

s en

cep-

que-

uán-

rea-

gun-

nian

spe-

jón.

Cé-

ber-

nes

mo

Que

que

mo

y ahora...

toffees de lujo Elgorriaga



En sobres de celofán especial, exclusivo de Elgorriaga, que conservan todo su riquísimo sabor.

Pruebe usted los deliciosos Toffees de Lujo de NATA, CAFÉ, CACAO, ALMENDRA y la maravillosa creación de Elgorriaga:

**TOFFEES DE NATA O ALMENDRA
BAÑADOS EN SABROSO CHOCOLATE.**



Los sobres de Toffees de Lujo ofrecen garantía de peso y garantía de calidad Elgorriaga.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain

Ayuntamiento de Madrid